

VISIONES DE ESPAÑA

El Retiro del Rey prudente

(Felipe II y El Escorial)

por

B. González Sologaitúa

Vinietas de Fr. Luis de Vidaurrázaga O. S. B.



MADRID, 1927
EDITORIAL ARTE Y CIENCIA
PLAZA DEL ANGEL, 10

G-F 8011



DGCL

A

C. 1168902

t. 100438



EL RETIRO DEL REY PRUDENTE



EL RETIRO DEL REY PRINCIPAL

Reservados todos los derechos.
Madrid, 1927

VISIONES DE ESPAÑA

El Retiro del Rey prudente

(Felipe II y El Escorial)

por

B. González Sologaislúa

Viñetas de Fr. Luis de Vidaurrázaga O. S. B.



MADRID, 1927

EDITORIAL ARTE Y CIENCIA

PLAZA DEL ANGEL, 10



Industrial Gráfica, Reyes, 21.—Madrid.—Tel. 10.694.

R. 101263

DEDICATORIA

*Al Exmo. Sr. D. Miguel
Primo de Rivera, Mar-
qués de Estella.*

Fué costumbre añeja en las Letras españolas que los autores dedicaran sus escritos a los más encumbrados personajes de la época, con ánimo de poner libros y personas bajo el amparo de los poderosos.

A ella me acojo, mas con propósito bien diferente. Nada pido para mí ni para estos pocos y desaliñados renglones. Lo que voy a solicitar es algo tan desinteresado y patriótico, que estoy seguro ha de hallar favorable acogida en el pecho generoso de Vuestra Excelencia.

La memoria de nuestro gran Rey Felipe II aparece manchada por las calumnias de Guillermo el Taciturno, a quien nuestro Rey llamó con mucha razón «ingrato y traidor», y por las de Antonio Pérez, más desleal y más traidor todavía. Ningún caso hicieron de ellas los españoles de los siglos XVI y XVII. Pero los extranjeros a quien tuvo siempre a raya nuestro Monarca recogieron todo el haz de calumnias contenido en la Apología

y en las Relaciones, las propagaron con entusiasmo, y andando el tiempo consiguieron sistematizarlas e influir de tal modo en la opinión española, que, no ya entre la falange radical, obligada enemiga de toda autoridad presente y pasada, sino aun entre una parte considerable de lo que se llama «derechas españolas», la figura de Felipe II está deformada de tal suerte que a muchos inspira miedo y desamor, sólo a unos pocos amor y veneración. No he de caer en la necedad de pedir a Vuestra Excelencia la rehabilitación de Real orden de la memoria de Felipe II. Pero con motivo de cumplirse en este año de gracia de 1927 el cuarto centenario del nacimiento del gran Rey, no parece impertinente solicitar de Vuestra Excelencia la creación de una Cátedra de Estudios sobre Felipe II, donde los hombres rectos y amantes de la verdad puedan estudiar en sus fuentes originales los cincuenta años en que Felipe II fué quien dirigió la historia de España, y aun la del Mundo.

Ningún aula más a propósito para explicar esta patriótica asignatura que el mismo Monasterio de El Escorial, donde junto con la letra de los libros y de los viejos manuscritos, ayudarán a entender y a explicar a Felipe II la arquitectura y el arte, las huellas todas de su vida, cuya importancia parece haber quedado grabada en estas famosas estancias.

Un curso de invierno dedicado especialmente a los españoles y otro de verano para los extranjeros podrían constituir el ciclo anual de estos es-

tudios, completados con la publicación por la imprenta de las explicaciones de cada curso.

No puede ocultarse a la perspicacia de Vuestra Excelencia la transcendencia patriótica de esta empresa, que tiende a restablecer nuestra continuidad histórica y a hacer renacer por el estudio el amor a nuestro pasado como base indispensable de nuestra fe en los destinos futuros de España.

En Madrid a 15 de marzo de 1927.—Criado de Vuestra Excelencia,

BENIGNO GONZÁLEZ SOLOGAISTÚA

AL ESCORIAL

Sacros, altos, dorados capiteles
que a las nubes robáis los arreboles,
Febo os teme por más lucientes soles,
Y el cielo por gigantes más crueles.

Depón tus rayos, Júpiter; no celes
los tuyos, sol; de un templo son faroles,
que al mayor mártir de los españo'es
erigió el mayor rey de los fieles.

Religiosa grandeza del monarca
cuya diestra real al Nuevo Mundo
abrevia, y el Oriente se le humilla,

perdone el tiempo; lisonjee la Parca
la verdad desta octava maravilla,
los años deste Salomón segundo.

DON LUIS DE GÓNGORA.



EL RETIRO DEL REY PRUDENTE

I

EL VIAJE



ESPUES de más de un cuarto de siglo de rodar por el mundo, cada uno por su lado, he vuelto a encontrarme aquí, en la Corte de las Españas, con un antiguo amigo mío, súbdito británico. Cuando

trabé amistad con él, con ocasión de mis ya lejanas malandanzas mineras, era un muchachón rubio, de aspecto saludable e inocente: uno de esos frutos escogidos de la humanidad que con tanta abundancia cosechan los ingleses, merced a su amor y solicitud para la infancia.

Acababa de terminar sus estudios de Ingeniero de Minas en la «Royal School of Mines» y había venido a España a practicar el noviciado de trotamontañas, obligado pincípio de su profesión.

Hoy, en sus cabellos de oro hay ya mucha plata, y ha llegado a ser Ingeniero Consultor de una de esas grandes Empresas británicas, que lo mismo se atreven a *colonizar* las remotas regiones de Persia o de la India, que

las próximas y europeas de Portugal y España, y aun de Francia e Italia, si es que les dejan y ven en ello beneficio.

No hay duda que mi amigo, que durante este tiempo ha recorrido las cinco partes del mundo, ha adquirido, aparte de su pericia técnica, un tesoro de experiencia y de cortesía. En su mirada inteligente y escrutadora me cuesta gran trabajo descubrir algunos destellos de la inocente infantilidad de antaño. Pero es la verdad que su cultura, la histórica especialmente, no corre parejas con su aquilatada experiencia.

Quizá un concepto demasiado estrecho de su dogma de la división del trabajo hace que los más de los hombres de carrera, ingleses, no se preocupen sino de su cultura profesional, abandonando más de la cuenta el común caudal de los conocimientos humanos.

No obstante, mi buen amigo ha leído sobre Felipe II algo más que los insultos, y parcialísimos manuales de las escuelas inglesas, y como no conoce el Monasterio de El Escorial, me manifiesta sus deseos de visitarle y de que sea yo mismo quien en la visita le acompañe.

Acepto el invite sin remilgos; pero a condición de que he de ser yo, no sólo el *cicerone*, sino el jefe inapelable de la expedición. Y, concertados sobre todo esto, determinamos salir de Madrid un domingo del mes de junio, ya bien entrada la mañana.

Aunque mi huésped es anglicano, con esa religiosidad difusa e indiferente para todo dogma, característica de los de su secta, no quiero ponerlo en el compromiso de asistir a misa en mi compañía, y acudo a la cita cumplidos ya los deberes dominicales del cristiano.

En un tres por cuatro llegamos a la Torre de Lodones. He querido en este viaje seguir el mismo itinerario que acostumbraba Felipe II, el mismo que llevó en su último viaje, cuando herido ya de muerte quiso entregar a Dios su ánima dentro del recinto de la grandiosa fábrica por él levantada. Nada menos que seis días tardó el doliente Monarca en este viaje que nosotros vamos a hacer en una hora. En verdad que si el gran Rey hubiese tenido en sus manos los medios mecánicos de que hoy disponemos, asombra pensar la labor ingente que hubiera podido desarrollar.

Desde la carretera general de Galicia, y en el mismo Torrelodones, parte un ramalito que se dirige directamente a El Escorial. Sálvase primero el menguado río

Galapagar sobre un puente construído por los monjes, como lo acredita la parrilla de las armas de El Escorial, esculpida en piedra a la entrada y a la salida del puente. Pasado éste, comienza el camino carretil a subir sin demasiada violencia para ir ganando la falda de la sierra, y andada cosa de media luega, llegamos al pueblo de Galapagar. Aquí solían salir los monjes a esperar a su Rey Protector, que recibía en ello mucho contento.

Unos kilómetros más y se llega a la Fresneda. Dista este pueblecito de El Escorial como un tiro de bala; pero tan fatigado se encontró el Monarca en su viaje postero, que hubo de hacer aquí noche para descansar.

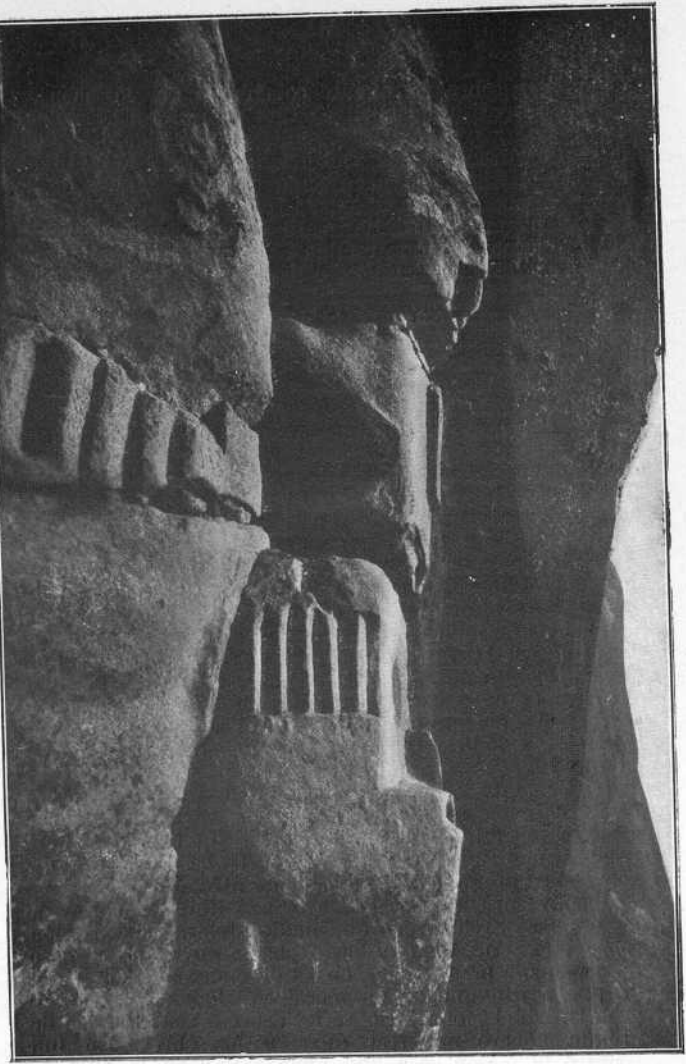
A los pocos minutos estamos ya delante de los recios muros de la fábrica escorialense. Atraído mi compañero por la soberbia edificación, intenta penetrar desde luego en su interior. Pero yo, en uso de la autoridad convenida, me opongo rotundamente, y determino que disfrutemos antes del espectáculo de contemplar el conjunto de la fábrica desde uno de los puntos de donde mejor se domina: una prominencia a que llaman hoy todos la silla de Felipe II, y aun añaden muchos, como si lo hubieran visto por sus propios ojos, que allí subía con frecuencia Felipe II durante las obras para vigilar a los operarios sin ser visto de ellos.

Todo esto es una pura paparrucha desde el principio hasta el fin. La tal silla no es sino cinco asientos tallados en lo alto de una grande peña, a que se sube por dos tramos de escalones labrados en la roca misma.

La fecha en que esta obra se hizo es manifiestamente posterior a Felipe II, lo más pronto de los tiempos de Felipe IV.

Y en cuanto a la vigilancia cautelosa de los obreros, baste decir que con mucha frecuencia asistía el Monarca a la obra mezclado con sus operarios, interesándose muy por menudo de la marcha de los trabajos y haciendo sobre ellos preguntas e indicaciones atinadas.

Siempre procuró con la mayor solicitud del yantar de los obreros, prohibiendo que nadie hiciera especulación sobre ello. Por Real orden fechada en abril, a poco de comenzar los trabajos, en 18 de enero de 1563, mandó que a ninguno de los maestros, oficiales, peones ni destajeros del Monasterio, se les cobrase contribución de ningún género mientras durasen las obras. En fin, compró la mejor casa que pudo hallar en la villa de El Escorial para fundar un Hospital que al principio



El Escorial.—Silla de Felipe II.

tuvo once camas, pero llegó a tener setenta, para que en él se cura-en los jornaleros enfermos. Lo cual se hacía con tal esmero y solicitud, que, según afirma el Padre Sigüenza: «con sólo el regalo y limpieza, sin más medicina, sanaban».

No tenía, pues, el Monarca motivo ninguno para recelar de sus obreros, y sí muchos para merecer su gratitud. Pero apenas hay viajero que suba a la famosa silla de Felipe II que no lleve en su imaginación una idea sobre este punto, no ya equivocada, sino absolutamente opuesta a la verdad histórica.

Lo único de cierto en toda esta conseja de la silla de Felipe II, es que muchas veces subiría el Rey a este paraje, como ahora lo hacemos nosotros, para admirar el panorama extraordinario que desde aquí se disfruta.

Es la hora del mediodía. Un torrente de luz ilumina el soberbio paisaje. Allá a nuestra espalda y a nuestra izquierda cierran el horizonte los elevados picos de la Machota, de San Benito, de Abantos, mostrando en toda su solemnidad la arquitectura de la sierra. Frente a nuestros ojos presenta el Monasterio su fachada meridional, la más bella de todas, con sus líneas de severa elegancia, sin adorno de portadas ni ornamentación de ninguna clase, sin otros vanos que los cuatro órdenes de ventanas de las celdas monásticas, habiendo conseguido el artífice el efecto estético con los solos elementos de la proporción, de la masa y de la línea.

Las flores blancas de la jara; las del cantueso, moradas como el color litúrgico de la penitencia; las amarillas de la retama, matizan delicadamente la verdura de la vegetación agreste. Los pinos en flor y el humilde tomillo que se esconde para entregar el tesoro de su aroma, embalsaman el ambiente. Las abejas se sostienen zumbando en el aire con vuelo indeciso e inteligente, escogiendo las flores silvestres sobre que habrán de posarse para libar en sus nectarios.

Mi buen británico, para quien no son precisamente un secreto las ocultas sensaciones estéticas de la embriaguez del *whisky*, está ahora embriagado también; pero de manera bien diferente: de luz, de aromas, de belleza, de alegría saludable.

—¡Oh!—me dice—; ¡pero vuestro Felipe II fué un precursor de las curas de montaña!



Tiziano.—Retrato de Felipe II, existente en el Museo del Prado.

—Sí—le contesto—; por acá vamos siendo ya muchos los enterados de estas cosas.

De pronto el reloj del Monasterio da las doce campanadas del mediodía, y en seguida se oye el toque de la oración. Las campanas, crismadas con el óleo santo, sueñan como las mandó sonar el sacerdote del Señor al bendecirlas: *Sicut Davidica cithara*. «Como la cítara de David». *Sonitu dulcedinis*. «Con sonido de dulzura.» Y sus vibraciones místicas se van extendiendo por el espacio hasta tocar las elevadas cumbres de las montañas por un lado, hasta llegar por el otro, descendiendo sobre el amplísimo valle, hacia Madrid, que no sé si querrá oír las.

La oración de la mañana, ante la sonrisa de la aurora, tiene un encanto de vida que comienza, de capullo que se abre. El *Angelus* del anochecer, cuando comienza a brillar el lucero de la tarde y se vienen lentamente sobre la tierra las sombras de la noche, es de una suave melancolía llena de unción. Pero la oración del mediodía, bajo el sol que ilumina en todo su esplendor al mismo tiempo el firmamento y la tierra, ante la plenitud jubilosa de la naturaleza, es el perpetuo «Cántico Nuevo», es un himno triunfal al Creador. *Coeli enarrant gloriam Dei...* «Los cielos publican la gloria de Dios, y el firmamento la grandeza de las obras de sus manos».

¡Cuántas veces, ante este mismo grandioso espectáculo que nosotros contemplamos, aquel gran Rey que tan a fondo conocía el *Salterio*, repetiría en su interior el sublime versículo!

Prevenido por mí del significado de lo que voy a hacer, me descubro y rezo el *Angelus* del mediodía. Mi amigo me contempla en silencio, creo que con respeto. Creo más: me parece adivinar que en su íntimo pensamiento dice: «La religión de los españoles es más bella que la nuestra».

Y por ser más bella es más verdadera. La única del todo verdadera y bella, porque la Verdad y la Belleza, allá en sus altísimas cumbres, se unen en ósculo indisoluble y son en realidad una misma cosa.



*Pantoja.—Retrato de Felipe II, existente
en la Biblioteca de El Escorial.*

LA PRIMERA PIEDRA



A parte mayor de los viajeros que vienen a ver El Escorial, se marchan sin haber entendido El Escorial. No es de extrañar. Para poder penetrar la significación de la grandiosa fábrica, es menester participar siquiera en alguna manera de la religiosidad profunda e inteligente de su regio fundador.

El motivo inicial de la fundación no puede tener más rancio abolengo español. Como las Huelgas de Burgos, la Batalla de la Navas de Tolosa; como Guadalupe la del Salado, el Monasterio de El Escorial perpetúa la memoria de otra gran batalla: la de San Quintín, ganada a los franceses el año 1557, el día 10 de agosto, en que la Iglesia católica conmemora al esforzado mártir aragonés San Lorenzo.

La batalla fué de las sonadas. Su recuerdo ha pasado a la locución popular, y aun en nuestros días, cuando queremos hablar, ponderándolo, de algún tumulto de los de marca mayor, acostumbramos a decir: «Se armó la de San Quintín».

Acababa el joven Príncipe de subir al Trono de las Españas por la abdicación de su padre el Emperador, y el brillante hecho de armas con que comenzaba su reina-

do, parece que le incitaba a dejarse seducir por el brillo de la gloria militar. No fué así, por fortuna, para el mundo entero. Antes al contrario, reflexionando sobre lo que a su oficio de Rey convenía, halló que su sitio no estaba en los campos de batalla, sino en el gabinete de estudio y de trabajo, para poder coordinar los complicadísimos asuntos e intereses de tan vasta monarquía.

De esta manera, dando de mano a la serie de Reyes caudillos de la Edad media, de que su imperial padre había sido acabado ejemplo, creó nuestro gran Rey el tipo de gobernante moderno mucho antes de que a ninguna otra testa coronada se le ocurriera otro tal.

Mas para poder trabajar de una manera adecuada y eficaz, necesitaba estar fuera del bullicio de la Corte (que ya había determinado en su interior trasladar de Toledo a Madrid), por una parte; mas por la otra, no tan lejos que pudieran sufrir perjudicial demora los negocios importantes.

Poco más de un año, después de la batalla de San Quintín, el 21 de septiembre de 1558, moría en Yuste el Emperador, quien en su postrer codicilo encargaba a su hijo Felipe «lo tocante a su sepultura y al lugar y parte donde su cuerpo y el de su esposa la Emperatriz habían de ser puestos», para dormir el sueño del eterno reposo.

Así, pues, a la acción de gracias del soldado cristiano, y al propósito de gobernar su reino libre del estrépito de las armas y del fausto de la Corte, se añadió la obligación de construir una edificación suntuosa que sirviera de sepultura digna a sus padres los emperadores, y a él mismo y a sus sucesores, cuando Dios los fuera llamando a sí. De esta triple intención nació en la mente de Felipe II la fábrica de El Escorial. *Mens agitat molem.*

Tan pronto los asuntos de Flandes, que ya comenzaban a enredarse, se lo consintieron, dejó allí por Gobernadora a su hermana doña Margarita, Duquesa de Parma, y regresó a España, desembarcando felizmente en Laredo, en agosto de 1559.

Una de sus primeras medidas fué trasladar la Corte desde Toledo a Madrid, así, casi al mismo tiempo, comenzó a buscar en las cercanías de la desde entonces

coronada Villa, lugar adecuado para poner por obra su designio.

Acostumbraba desde hacía años a pasar los días de la Semana Santa en el Monasterio de Guisando, cuyo emplazamiento solitario y agreste le agradaba. Pero harto comprendió que el sitio estaba demasiado lejos.

Ordenó, pues, que en las faldas de la sierra situada al Norte de Madrid, que hoy llamamos comunmente del Guadarrama, se buscara lugar a propósito y a razonable distancia de la Corte; y por ser éste asunto en que le iba mucho, no quiso resolverlo por sí mismo, sino que nombró una Comisión compuesta de Arquitectos, Médicos y Filósofos para que hiciera el estudio y la elección.

No se descuidaron los de la Comisión, ni la voluntad enérgica del Rey daba lugar para ello, y sin perder momento comenzaron a recorrer las faldas de la Sierra. Visitaron detenidamente todo el Real del Manzanares, la Alberquilla, la Fresneda. Hasta se pensó en Aranjuez. Pero en todas partes había serios inconvenientes, y todos estos parajes y lugares fueron desechados uno tras de otro.

Por fin, un poco al Norte de la Alberquilla, a media ladera de una fuerte estribación montañosa que arranca de la Sierra del Guadarrama, hallaron sitio que por la fertilidad y frescura del terreno, por las muchas y excelentes aguas, proximidad a frondosísimos pinares maderables, y por la abundancia de muy buena piedra de construcción, juzgaron que llenaría los deseos del Monarca, a quien informaron de todo por menudo.

Muy complacido quedó Felipe II de la elección de sitio, que tan bien conocía y tanto le agradaba, y que iba, además, de acuerdo con todos sus propósitos.

Sobre las personas que habían de ser los pobladores de la futura edificación, nunca tuvo vacilación alguna.

La canalla internacional, que es la que ha escrito hasta ahora las historias que se leen por el mundo de Felipe II, no sólo ha calumniado al Gran Rey, atribuyéndole los más abominables crímenes, sino que soslaya astutamente toda ocasión de poner de manifiesto sus virtudes, aun las más patentes. Una de ellas era, por cierto, el acendrado amor filial, la veneración admirativa que siempre profesó a su padre el Emperador.

Sabida por tanto la amistad y protección que dispensó

Carlos V a la Orden de los Jerónimos, y que a uno de sus Monasterios se retiró al final de su vida para morir, no era dudoso que a los Jerónimos había de ser confiado el proyectado Monasterio, y así, en el Capítulo general que celebró la orden en Lupiana el año 1561, representó el Rey «si aceptaría la Orden jerónima un Monasterio que pensaba edificar a honra y gloria de Dios, dedicado al mártir español San Lorenzo».

No hay que decir que todo el Capítulo fué conforme, y procedió, desde luego, a nombrar por primer Prior y fundador de tan insigne casa a Fray Juan de Huete, sujeto de mucha virtud y letras.

Al mismo tiempo encargaba el Rey que fuera preparando la traza del edificio a su Arquitecto mayor, Juan Bautista de Toledo, artista eminente, Arquitecto, Escultor, Humanista, Matemático y Filósofo, que a todas estas disciplinas daban cabida en sus aficiones los grandes hombres de aquella época.

Toda el área que ahora ocupa el Monasterio, estaba entonces cubierta de jara y monte bajo, donde los pastores de los contornos tenían los rediles para sus ganados. Fué preciso comenzar por desbrozar y desmontar el terreno, labor que principió en los primeros días de abril de 1561.

Terminado el desmonte, quiso el Rey que a su presencia se acordelase y estacase el terreno, y a tal fin acudió acompañado de algunos monjes, del Duque de Alba, el Marqués de Chinchón, el de las Navas y su Arquitecto mayor Juan Bautista de Toledo.

Al oír el nombre del Duque de Alba, mi buen inglés da un respingo, como si hubiera visto surgir de entre los pinares vecinos la figura del tercero de los Duques de este título con sus mostachos y barba a la española y su cara de pocos amigos. No atino con la causa del temor supersticioso que sienten los ingleses hacia este personaje, que sólo a *longe* desde Flandes y con agua de por medio pudo sentarles la mano.

El propio Baustista de Toledo ejecutó la operación tirando la primera línea de 580 pies, de Oriente a Poniente; las dos perpendiculares de Norte a Sur, de 735 pies cada una, y la cuarta, igual a la primera, que cerraba el extenso perímetro.

Concluída la operación, quiso el Rey que se muda-

se el nombre de aquellos parajes, y ordenó que, de allí en adelante, se llamase todo aquello el Real Sitio de San Lorenzo.

La villa de El Escorial era entonces un pobrísimo poblado. Según el Padre Sigüenza, «estaba el lugar tan escondido y olvidado, que ni aun los Escribanos y Alguaciles de Segovia, gente que anda a descubrir cuestiones para sus intereses ilícitos, tenía noticia del nombre de El Escorial.» Ello no obstante, el bautismo regio no tuvo fortuna; el nombre impuesto era demasiado largo, y el uso general que gusta de cosas más breves, ha querido que en el mundo entero, y seguramente para siempre, sean conocidos estos famosos lugares con el nombre de El Escorial.

Con actividad inusitada comenzaron a acoplarse los materiales todos que se requerían para obra tan importante; y cuando juzgó el Arquitecto que había reunido los suficientes, dió aviso a los monjes, y, de acuerdo con ellos, se convino que la primera piedra del edificio se colocase el día 23 de abril de 1563, como así se hizo. El Padre Antonio de Villacastín, a quien invitó el Arquitecto que ayudase a colocarla, contestó con firmeza: «Asienten ellos la primera, que yo para la postrera me guardo.» Y no sólo se salió con ello, sino que vivió hasta muchos años después.

Este Fray Antonio de Villacastín, que fué con Herrera el alma, no de la concepción, pero sí de la ejecución de la obra, era un lego muy versado en el arte de Virtrubio, de que había dado ya muy buena muestra dirigiendo en Yuste las obras que allí ordenó el Emperador para su retiro. Por esta circunstancia fué llamado por Felipe II para dirigir como obrero mayor las obras del Retiro grandioso que proyectaba.

Adelantaban mucho las obras de cimentación y saneamiento, con lo que se pensó ya en la colocación de la primera piedra del templo.

Envió el Rey aviso que quería hallarse presente a la ceremonia, y con este objeto salió de Madrid a mediados de agosto, acompañado de un lucido séquito de su Corte. Iba también en la comitiva su confesor, Fray Bernardo de la Fresneda, Obispo de Cuenca.

El mismo Monarca señaló para esta solemnidad la fecha del 20 de agosto, en que la Iglesia celebra la festividad de San Bernardo.

A las tres de la tarde de este día estaban reunidos en la villa de El Escorial todos los que habían de asistir a la fiesta. Salieron en solemne procesión hacia el Real Sitio de San Lorenzo, abriendo marcha, los obreros y empleados de la fábrica, endomingados con sus trajes más decentes; seguía la Comunidad Jerónima y cerraba la comitiva el Rey con su séquito.

Ofició de Pontifical el Obispo de Cuenca, y había ordenado el Rey le colocaran un asiento junto al mismo altar, para poder seguir de cerca todas las ceremonias de este bellissimo rito.

Quam dilecta tabernacula tua Domine virtutum. ¡Cuán amables son tus moradas, Señor de los Ejércitos!

Las estrofas del poético salmo LXXXIII, con que comienza la Iglesia esta bendición, resonaban por vez primera entre aquellas espesuras y breñales, que, no obstante, las recibían como cosa natural y conocida, porque, como dice más adelante el Oficio en una soberbia antifona: *Vere locus iste Sanctus est, et ego nesciebam.* «Verdaderamente, éste es un lugar santo, y yo lo ignoraba.»

El Monarca, a pesar del increíble dominio que tenía de todos sus movimientos, bien dejaba traslucir en su semblante el contento y satisfacción que experimentaba. Bendecida la piedra, angular y cuadrada como ordenan las rúbricas, con una cruz roja pintada en uno de sus lados, tomóla el Rey en sus manos y la colocó con mucha devoción en el lugar designado, que era junto a la reja que da entrada a la sacristía.

Con lo que, y terminadas las demás ceremonias y preces del *ritus benedicendi*, volviéronse todos a acompañar al Rey hasta su alojamiento.

Y aquel hombre que gobernaba el Imperio más poderoso de su tiempo, y uno de los más poderosos imperios de todos los tiempos, que él mismo «tenía en sí tanta majestad, que ninguno le habló jamás que por lo menos no sintiese en sí notable mudanza», en frase del Padre Sigüenza; que se disponía a levantar al Señor una de las Casas de oración más suntuosas del mundo entero, se alojó aquella noche y muchas otras noches, mientras duraron las obras, en la pobrísima casa del Cura de la misérrima villa de El Escorial.

Y no se crea que Felipe II era entonces el anciano que pintó Pantoja, única efigie popularizada del Mo-

marca que hasta en su iconografía padece de la persecución y de la calumnia, sino que estaba en la flor de su edad (tenía a la sazón treinta y seis años), y era tal de figura, como lo acreditan los pinceles de Antonio Moro y del Tizziano.

¡Gran lección de humildad y de ascetismo para los Reyes frívolos y comodones de nuestros tiempos!

III

EL «ESTILO» DE EL ESCORIAL



EL camino que conduce hasta la silla de Felipe II es una como senda de cabras, ensanchada nada más que lo suficiente para ganar honores de camino carretil. Al subir apenas se advierten las dificultades del camino; pero al comenzar el descenso, empieza a ponerse la cara seria.

Tiene el infame caminejo muy poca más anchura que la de nuestro coche, y la fuerte pendiente se va salvando en vueltas y revueltas violentísimas, que obligan al carruaje a detenerse a cada paso, rechinando los frenos, y algunas veces a recular y meter las ruedas traseras en el monte para hacer posible que las delanteras no se salgan de la caja de la menguada carretera.

Mi inglés, que por lo visto tiene mucho más miedo al Duque de Alba que a estrellarse, no parece reparar en estas pequeñeces; pero a mí se me pasan muy formales ganas de apearme, y si al fin resisto es por no dejar malparado el pabellón nacional. «Sea lo que Dios quiera», digo entre mí.

Y quiere Dios que, sin el menor contratiempo, lleguemos frente a la fachada occidental, que es la principal del Monasterio.

Sírvela de plaza o compás una muy amplia y proporcionada extensión de terreno, que rodea por sus lados Poniente y Norte el Monasterio, proveyéndole de todo el despejo necesario para la debida visualidad del edificio. Llámase a toda esta plaza La Lonja, y está cercada de un robusto pretil o antepecho de piedra, con varias entradas para dar acceso al recinto. El piso está cruzado por anchas bandas de losas de piedra que se corresponden con las pilastras de la fachada.

Mi buen amigo quédase parado en medio de La Lonja, admirando un buen rato el soberbio edificio, y al fin exclama: «¡Oh, splendid!»

No me fío demasiado de las hipérboles de los ingleses cuando están fuera de su tierra; pero ésta de ahora la creo sincera. Antes que él son muchos los viajeros simples y los viajeros escritores que han volcado en sus descripciones y relatos el más subido repertorio de la retórica admirativa. Hubo quien llamó a este monumento (el Padre Francisco de los Santos) «la primera y la única maravilla del mundo».

El avisado y cáustico P. Norberto Caimo, que visitó detenidamente España a mediados del siglo XVIII y nos dió tan recio vapuleo en su libro *Cartas de un vago italiano a un amigo suyo*, cierra con muy buen sentido contra estas exageraciones. En el curso de la visita me de andar yo mucho más cerca del vago italiano que del Padre Francisco de los Santos.

Las proporciones de esta fachada son realmente extraordinarias, pues mide 741 pies de anchura por 120 de elevación. En toda esta extensión no hay sino tres puertas: la principal y dos laterales, colocadas estas últimas simétricamente en los lienzos libres; pero quedando tan alejadas de la principal, que no parecen querer hacerle compañía.

La portada central es formidablemente clásica: un cuerpo inferior de orden dórico y, sobre él, un cuerpo superior de orden jónico.

Si no fuera por la efigie de San Lorenzo, que en lo alto del cuerpo jónico preside desde su hornacina toda esta máquina, pudiera creerse que daba ingreso la portada a algún templo levantado en honor de la diosa Maya o de Júpiter olímpico más que a un Monasterio de Jerónimos.

Cuando en el siglo iv fueron arrojados los ídolos de los templos y palacios paganos para albergar al Dios verdadero, una emoción profunda debió sobrecoger a aquellos primeros cristianos que triunfaban con Constantino, después de más de tres siglos de persecuciones. Podemos hoy todavía colegir algunos vislumbres de este sentimiento al visitar en Roma la Basilica de San Juan de Letrán, que antes fué el magnífico palacio del Cónsul Plaucio Laterano, o el panteón de Agripa, convertido hoy en Nuestra Señora de los Mártires.

Pero edificar templos con el estilo y a la manera de los templos paganos para que sirvan de tabernáculo a Cristo Dios, fué una aberración renacentista, que cada día que pasa resulta más patente. Es claro que en los recintos bendecidos por la Iglesia se adora al verdadero Dios; pero el sentimiento religioso sobreviene en los templos neoclásicos a pesar de su arquitectura, no a beneficio de ella.

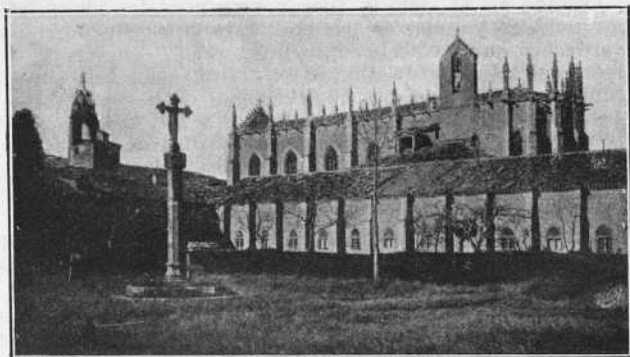
La resurrección de la arquitectura clásica durante los siglos xv y xvi fué una verdadera plaga en Italia, de donde se extendió, exagerándose, a España. Carlos V se aficionó fuertemente del estilo y lo introdujo en nuestra Patria en muchas obras de nueva planta. Y no sólo esto, sino que puso sus manos pecadoras en no pocos bellísimos monumentos medievales para injertarles la nueva savia.

Brunelleschi, Bramante, Miguel Angel, Palladio, Vignola, fueron los *Dimajores* de este olimpo arquitectónico renancista; y ellos y sus discípulos se complacían en llamar bárbaros a los Arquitectos de las obras maestras románicas y ojivales.

Durante estos siglos los artistas españoles iban a estudiar a Italia, y así ocurrió que la bellísima evolución del estilo ojival que se iniciaba en España con las construcciones platerescas del siglo xv, llenas de alegría, de gracia y de optimismo, quedó aplastada por la mole de El Escorial. Lampérez ha dicho que Herrera fué la guillotina del arte español. Hay que darle la razón.

En Roma hizo también sus estudios Bautista de Toledo, y si no llegó a trabajar con Miguel Angel, es seguro, por lo menos, que vió cómo trabajaba. De Roma pasó a Nápoles, donde le llevó el Virrey Marqués de Villafranca para dirigir las obras de la famosa Strada de Toledo. Protegido por el de Villafranca, fué nombra-





Burgos. — Vista exterior de la Cartuja.

do Arquitecto del Emperador y director de las Reales Fábricas de Nápoles, y en el año 1559 le mandó venir a España Felipe II, haciéndole Maestro Mayor de todas las obras reales y Arquitecto Mayor de El Escorial.

Pero no era sólo el ambiente artístico de la época y las aficiones de su padre el Emperador. El mismo Felipe II tuvo ocasión de saturarse de renacimiento en el viaje que hizo por Europa en el año 1548.

Quiso el Emperador que conociera el Príncipe los Estados que algún día había de regir, y que fuera a su vez conocido de sus futuros súbditos, y para ello le preparó uno de los viajes más suntuosos que jamás haya realizado Príncipe alguno.

Formaba la comitiva lo mejor y más lucido de España (ide la España del sig'o xvi!) en la aristocracia, en la milicia, en las Ciencias y en las Artes. Entre el séquito, y en lugar preferente por su pericia y conocimiento de las lenguas, iba el clérigo Gonzalo Pérez, Secretario del Príncipe, «hombre de raro ingenio y de gran facilidad y experiencia en la expedición de los negocios», padre del desdichado Antonio Pérez, que tanto había de dar que sufrir más tarde al Monarca.

El itinerario fué soberbio: Génova, Milán, Mantua, Trento, Ynspruck, Munich, Héidelberg, y, por fin, todos los Países Bajos; es decir, las principales ciudades



Burgos (La Cartuja).—Panteón de D Juan II y D.^a Isabel de Portugal.

de Italia, de la Baja Alemania y de Flandes, que eran las más ricas y prósperas de aquel tiempo.

Leyendo las crónicas de este viaje se camina de asombro en asombro. ¡Qué lujo, qué fausto, qué originalidad! Arcos de triunfo magníficos, torneos, representaciones lujosísimas de obras de Ariosto, aventuras de caballería, como la que representaron en Bins «Los caballeros errantes de su Galia Bélgica». Las ciudades todas rivalizaban y hacían punto de honra en mostrarse agradables al Príncipe.

Al entrar en Génova por la puerta de Santo Tomás, dos gigantes sostenían un hermosísimo festón de flores y follaje orlando un cuadro con esta inscripción en versos latinos: «Génova y sus montes y muros y sus aguas de la mar se regocijan, ¡oh, gran Felipe!, con tu venida.» Pues un poco más adelante, en la puerta de Vaca, un grupo formado por dos doncellas que representaban la Fe y la Libertad, y coronado por la cabeza del dios Jano, daba guardia a esta otra inscripción latina: «Gózase el Cielo cuando vos venís, y la ingeniosa tierra os produce flores, y Doris, madre de las ninfas de la mar, con los brazos abiertos os recoge y acaricia.»

De esta manera, el Príncipe españolísimo, que desagradó a los flamencos por la única razón de hablar, vestir y vivir en todo a la española, que toda su vida vivió y murió siempre fiel a España y a Dios (dos grandes pecados que nunca le perdonarán los enemigos de Dios y los enemigos de España), se dejó ganar el ánimo por el brillo del arte renacentista, y adoptó el estilo arquitectónico del Renacimiento para su obra predilecta.

No obstante, Bautista de Toledo era un artista de genio, de que dejó impresa huella en la fachada meridional del Monasterio y en toda su disposición exterior, que fué traza suya, y es lo mejor del edificio.

Para la planta general de la edificación adoptó la forma tradicional de los alcázares españoles: planta cuadrada con cuatro torres en los ángulos.

Fué una pérdida irreparable para El Escorial la muerte de este gran artista, acaecida en el año 1567. El modelo en madera que hizo de toda la obra también ha perecido; pero se conservan datos ciertos para poder asegurar que la disposición exterior del edificio era la misma de hoy, salvo, precisamente, la portada principal, que en el plan y proyecto de Toledo estaba flanqueada por dos torres, pues daba paso directamente al templo, con lo que este extensísimo cuerpo de fachada hubiera ganado mucho en variedad y animación.

No es temerario asegurar que la portada que tenía dibujada Toledo sería menos clásica y más bella que esta que ahora estamos contemplando.

Mi amigo está desconcertado. El, que esperaba oír de mí los más desmesurados elogios de la fábrica de El Escorial y de todas y cada una de sus partes, y los mayores denuestos y vituperios contra su regio fundador, según es costumbre y uso general, no sale de su asombro al escucharme.

Tanto han abundado los elogios para la fábrica escorialense y tan puesto en ello viene mi compañero, que temo juzgue en su interior si por acaso pretendo yo emular las excentricidades a que es fama general se entregan con frecuencia sus paisanos; y para apoyar mi opinión, le digo que la del propio Felipe II, andando el tiempo, y depurado por los años su gusto artístico, no distó mucho de esta mía que acaba de oír.

Contemplaba el gran Rey, en uno de sus viajes a Bur-

gos, la Cartuja de Miraflores, esa inspirada creación de Juan de Colonia, coronada por una crestería de delicado encaje, asentada en un altozano como gallardísima nave de piedra allí posada después de algún ignorado diluvio, cuando, volviéndose a los de su séquito, les dijo: «No hemos conseguido nada con nuestro Escorial.»

Mas no se crea que, a pesar de la equivocación en el estilo escogido, sea esta obra en manera alguna una imitación; muy al contrario: es algo original, grande y único, que produce en cuantos la ven por vez primera una impresión vigorosa de solemnidad y de grandeza. Y es que el gran Rey consiguió que sus artistas transmitieran a la fábrica toda la grandeza de su ánimo.

LA NOTICIA DE LA BATALLA DE LEPANTO



o quiso Herrera que la portada principal diera entrada directamente al templo, sino a un patio grande y seco en extremo, en cuyo fondo está la fachada de la iglesia. Flanquéanla dos torres gemelas; pero embebidas sus bases en la edificación adyacente, aparentan sustentarse sobre los tejados con notorio agravio

de la verdad mecánica y de la belleza arquitectónica.

Llámase a este patio «el patio de los Reyes», a causa de seis grandísimas estatuas de otros tantos Reyes de Israel, colocadas sobre otros tantos robustos pedestales a buena altura del cuerpo de la fachada. Labró estas efigies Bautista de Monegro, discípulo del gran Beruguete, pero discípulo poco aprovechado. Se me antojan estos Reyes grandotes y bastos, y hasta me parece que se les ve soportar con fatiga la pesadez de sus ropones de piedra.

Precede a la entrada del templo un pórtico o zaguán; pero, sin entrar por ahora en la iglesia, nos dirigimos a la portería del Monasterio, cuya entrada está bajo este mismo pórtico y a su derecha.

No anduvo tampoco muy acertado Herrera en la colocación de esta pieza, pues su falta de luz es casi completa. Pero transpuesta la ancha y tenebrosa sala que sirve de portería, se da en otro patio, el Claustro de los Evangelistas, que es, a mi juicio, lo mejor de

todo el interior de la casa. Toda la gracia y toda la alegría del Monasterio se han refugiado en este patio gentil. Los dos órdenes de arcadas superpuestas que lo forman, coronados por una bella balaustrada de piedra, están dibujados con soltura y dan al conjunto de la obra una animación graciosa y elegante. En el centro del patio campea un templete de piedra revestido de chapas de mármol, de rigurosa traza clásica, pero bello en extremo. Su forma es ochavada, y en los cuatro ochavos mayores se abren cuatro portadas alineadas con las calles del jardín. En los ochavos menores hay cuatro hornacinas habitadas por las efigies de los cuatro Evangelistas, de donde toma su nombre este claustro. También labró estas efigies Monegro; pero en esta ocasión se acordó más de las lecciones de Berruguete.

Hízose el claustro con posterioridad a la muerte de Toledo, y, como el resto de la obra, desde que Toledo murió, fué dirigido por Herrera. Pero dudo mucho que el diseño se cociera en su caletre, y tengo por cierto que no hizo sino ejecutar planos y dibujos de Toledo.

Porque Herrera fué un constructor peritísimo, un maestro de obras de inteligencia y actividad extraordinarias; pero en nada suyo se ven los destellos del genio arquitectónico. Con su asiduidad y pericia consiguió ganarse la completa confianza del Monarca, y dirigió en jefe las obras hasta su final. Para conmemorar la terminación de la fábrica, se acuñó una medalla de bronce, modelada por Jacome Trezzo, con el busto de Herrera en el anverso, y en el reverso una alegoría de la Arquitectura y un motivo de El Escorial. Para el genio artístico de Bautista de Toledo no hubo en la medalla ni una alusión ni un recuerdo. *Sic vos non vobis...* Harto comprendió Felipe II que la total terminación de tan ingente obra era empresa de muchos años, por lo cual dió orden que se activara especialmente la construcción de una parte, de manera que pudiera en breve plazo prestar el adecuado servicio. Para este objeto se escogió la parte meridional del Monasterio.

Cumpliendo fidelísimamente los deseos del Monarca, dióse prisa Herrera a rematar en el ala meridional de este Claustro de los Evangelistas una pieza grande que pudiera servir de iglesia, que es lo que hoy se llama «Iglesia vieja», y antes «Iglesia de prestado»,



El Escorial.—Patio de los Evangelistas.

según la nombran constantemente el Padre Sigüenza y Felipe II.

La disposición interior de la «Iglesia de prestado» era bastante diferente de la que ahora se ve. El coro,

con su sillería adosada a los muros de la sala, estaba levantado como quince pies sobre el actual pavimento, y lo mismo el altar, debajo del cual se hallaban los sarcófagos, que ahora se enseñan vacíos, pero que sirvieron de primera morada mortuoria a los cuerpos reales, incluso al del mismo Felipe II. Debajo del coro se preparó una habitación para el Rey, que quiso, aunque sufriendo mucha descomodidad, ser el primer habitante del Monasterio.

La silla coral del Rey estaba a la derecha de la del prior, y comunicaba al exterior por una puerta reservada, para poder recibir el Monarca los recados urgentes y salir sin llamar la atención. Tanta era su delicadeza y respeto para los Oficios divinos.

Asistía el Monarca a los Oficios monásticos con toda la asiduidad que los negocios de Estado se lo consentían, y no a lo *dilettante* o en clase de devoto imperito, sino como muy versado en la significación del rezo eclesiástico, que seguía en su breviario, tomando participación directa e inteligente en las magnificencias de la oración litúrgica de la iglesia.

Rezando vísperas con sus monjes estaba el Monarca el día de la Octava de Todos los Santos—8 de noviembre de 1571—, cuando entró apresuradamente al coro el caballero de su cámara don Pedro Manuel, dándole cuenta que acababa de llegar al Monasterio correo de don Juan de Austria con la noticia de una gran victoria. El Rey, sin inmutarse, ordenó con un ademán que se esperara hasta que las vísperas terminaran, y, concluidas éstas, oyó la noticia y ordenó se cantara un solemne *Te Deum*.

Así lo cuenta el Padre Sigüenza, con muy grande admiración de la impassibilidad y presencia de ánimo del Monarca.

Y en verdad que el carácter y formación del Rey autorizaba el supuesto. La madre de Felipe II, la Emperatriz Isabel, fué una de esas mujeres extraordinarias, digna de figurar al lado de la madre de los Macabeos o de los Gracos, que ha pasado calladamente por la historia, sin dejar otra huella que los grandes hechos de sus hijos.

Las continuadas ausencias del Emperador, su esposo, motivaron una copiosa correspondencia de los ayes y maestros de sus hijos para darle de ellos frecuentes

noticias, que nos permite conocer con todo pormenor la infancia y pubertad del Príncipe don Felipe.



Tiziano.—Retrato de la Emperatriz, existente en el Museo del Prado.

No tenía más de cuatro años cuando su ayo, don Pedro González de Mendoza, escribía al Emperador: «Es tan travieso, que algunas veces Su Majestad la Emperatriz se enoja de veras, y ha habido azotes de su

mano.» Presenciaba la Emperatriz, en otra ocasión, una corrida de toros en Valladolid, acompañada de sus hijos, y en uno de los lances el toro embistió el tablado donde se hallaban las personas reales. El Príncipe hizo un involuntario movimiento de temor, a que acudió severamente su madre con estas palabras: «¿Tendremos cobarde al Príncipe?»

Así educaba aquella gran señora a su hijo en el valor y fortaleza de que tanto hubo de necesitar en el curso de su vida.

Tenía el Príncipe nada más que doce años cuando murió su madre, en Toledo, habiendo dejado ordenado que su cadáver fuera trasladado a Granada. Siempre que entro en el Museo del Prado, me detengo largamente ante la belleza noble y serena de esta magnánima dama, que perpetuó el Tiziano con la magia de sus pinceles, y evoco aquella memorable escena en que el Marqués de Lombay, jefe de la fúnebre expedición, al abrir el féretro en la capilla real de Granada y ver tanta belleza destruída por la muerte, no se atrevió a atestiguar que fuera aquel el mismo cadáver de la Emperatriz, sino que se limitó a jurar «que, según la diligencia y cuidado que había puesto en conducirlo y guardarlo, tenía por cierto que era aquél, y no podía ser otro».

Ante el cadáver de la Emperatriz prometió no servir más a señores que se pudieran morir, y tomar el hábito de los hijos de San Ignacio. Y cumplió su determinación, no inmediatamente, como suele creerse, pues estaba entonces casado, sino que perseveró en el propósito y lo puso por obra años después, cuando murió su esposa y era ya él Duque de Gandía y Virrey de Valencia.

Grande importancia tuvo este acontecimiento para la Orden, pues al entrar Francisco de Borja en la Compañía la *calificó*—como dice Fray Jerónimo de Sepúlveda—, dándole ese tinte aristocrático que con tanto acierto conservan sus sucesores hasta nuestros días. Ignacio de Loyola era hidalgo, pero no era propiamente un aristócrata. «Soldado desgarrado» (1) le llamó Fray Luis de Granada. Quien dió a la Compañía de Jesús el espal-

(1) Y en efecto, soldado desvariado fué antes de su conversión; pero después de ella, fué soldado aguerrido y fidelísimo de la milicia de Cristo.

darazo aristocrático fué el Duque de Gandía, que pertenecía a la más alta nobleza.

Mas no por la muerte de la Emperatriz afojó la educación del Príncipe. Tuvo por ayo a don Juan de Zúñiga, Comendador mayor de Castilla, y por maestro a Siliceo, que luego fué Cardenal de Toledo, quienes repartían sabiamente las horas del regío educando entre el estudio y la caza, ejercicio este último varonil y aristocrático, que fortifica el cuerpo y proporciona recio y alegre ánimo. Muy por menudo daba cuenta Zúñiga al Emperador de las hazañas venatorias del joven Príncipe. En 19 de mayo de 1540 le escribía: «Asimismo otro día mató dos gamos, de que estaba la más contenta persona que nunca se vió. A mí me hizo cierta burla de una liebre que me tenía puesta muerta para que la tirase, y con haberla yo acertado, aunque estaba muerta, me contenté.»

Así, entre los azotes imperiales de su infancia y la severa educación de su pubertad, se formaba en el Príncipe un carácter entero y vigoroso; afectuoso y afable en la intimidad de su hogar, como lo pone bien de manifiesto la encantadora colección de las cartas a sus hijas; pero firme y majestuoso en su oficio de Rey, y con tal señorío de los movimientos de su ánimo, que, en frase de un Embajador italiano, «pudiérasele entrar un gato en las bragas sin que hiciera sentimiento».

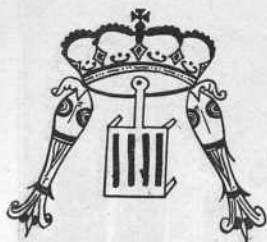
No es de extrañar, por tanto, que el Padre Sigüenza creyera muy capaz a Felipe II de oír con la impassibilidad que queda dicha la noticia de la batalla de Lepanto. Pero la verdad histórica echa también por tierra esta leyenda. Felipe II conocía ya la noticia. La conoció en Madrid ocho días antes, el día de la vigilia de Todos los Santos, esto es, el 31 de octubre. El hecho no ofrece duda, pues lo comprueba terminantemente la correspondencia del Cardenal Alejandrino, y, sobre todo, el cronista de la Corona de Aragón Jerónimo de Zurita, aquel fidelísimo historiador que hizo un viaje a Italia nada más que para describir con exactitud un paraje, y que se pagaba tanto de la verdad histórica, que ni siquiera quería embarazarla con las gais del lenguaje.

Lo que ocurrió fué que despacharon correo con la noticia de la victoria Andrea Doria, el jefe de la flota de la Liga, y don Juan de Austria, de la Armada es-

pañola. El mensajero de Andrea Doria llegó a Madrid ocho días antes que el de don Juan a El Escorial, hecho que nada tiene de particular dentro de los modos y plazo que en aquellos tiempos se hacían los viajes.

Mi amigo me escucha con atención creciente. Para un inglés es siempre tema de interés una gran batalla naval, y esta de Lepanto fué grande de veras. Y aunque barrunto que mi amigo va a salir de esta visita más convencido de los defectos de la fábrica de El Escorial que de las virtudes de su fundador, advierto que su ánimo se va templando y poniéndose a tono con la grandeza de las evocaciones históricas que se vienen a la memoria bajo estas famosas estancias.

EL PANTEON DE REYES



uy poco, casi nada, recuerda El Escorial los grandes monasterios de la Edad Media; pero en la significación e importancia concedida al claustro y en su estrecha relación con las partes principales de la casa se han seguido las tradiciones monásticas medievales.

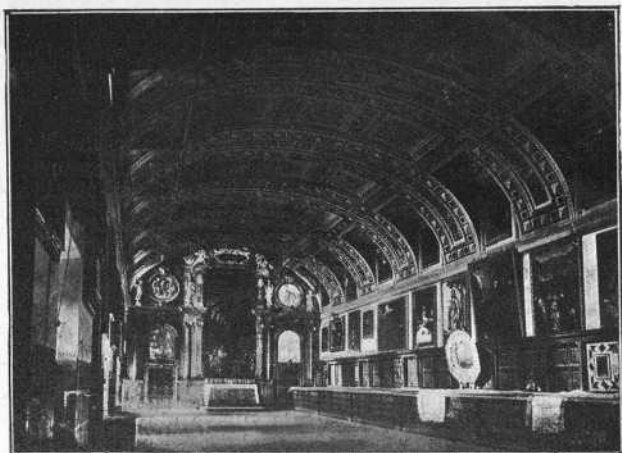
A este Claustro de los Evangelistas afluye la soberbia escalera de honor; en él está la iglesia vieja de que acabamos de salir; en su ala sur se abre la puerta que da acceso a las magníficas salas capitulares, convertidas hoy en museo y pinacoteca del Monasterio.

Entramos en ellas. Mi buen amigo es muy entendido en pintura y muy aficionado de este arte, como lo son casi todos los ingleses distinguidos. También es muy versado en las delicadezas y primores de las artes del tejido, que ha tenido ocasión de admirar como en su cuna, en sus viajes por Oriente. Así es que, en esta pieza del Monasterio, se invierten los papeles, y es él quien hace de *cicerone* y yo quien escucha sus atinados juicios y observaciones sobre los cuadros y ropas que constituyen la principal gala de este tesoro.

No es mucho lo que ha quedado de las pasadas riquezas. Entre nuestros queridos amigos y vecinos los franceses, cuando lo de Napoleón, y nuestros queridos enemigos los revolucionarios españoles en las varias tormentas antirreligiosas del pasado siglo, saquearon a con-

ciencia el Monasterio, y apenas dejaron lo suficiente para atestiguar la continuada munificencia de nuestros Reyes.

Mi amigo recuerda haber visto en sus constantes viajes no pocas preciosidades y joyas de arte escorialenses poblando las pinacotecas y vitrinas de varios museos extranjeros. No sé si algún día la joven y pin-



El Escorial.—La Sacristía.

toresca Sociedad de Naciones tendrá lugar de ocuparse de la restitución a cada pueblo del patrimonio artístico que le haya sido arrebatado por la violencia y contra toda justicia.

En el ala oriental de este mismo claustro se abren también dos puertas que comunican con la sacristía. Una de ellas, que es la ordinariamente abierta, da a una espaciosa sala entre la sacristía y el templo, que sirve de antesacristía y lavatorio.

¿Quién dijo que en El Escorial se habían desterrado la ornamentación y los adornos? Pues los aficionados a adornos y ornamentación, vengan a esta sacristía,

que les henchirán las medidas. La cajonería toda ella de maderas finas primorosamente labradas y ensambladas; la bóveda, pintada prolijamente a lo grotesco, por Fabricio y Granello; el piso de mármoles pulidos blancos y pardos, de Filabres; espejos y cuadros magníficos—dos de ellos del Greco—adornando las paredes; en el testero principal, el soberbio lienzo de la Adoración de la Santa Forma, por Claudio Coello. No hay un palmo de muro, ni de bóveda, ni de suelo, en que no se detengan los ojos para admirar algún aderezo y primor de arte. Y todo ello iluminado con largueza por catorce ventanas abiertas a Oriente, cinco de ellas rasgadas hasta el suelo, que esparcen por todo el recinto una luz, mucho más cerca de la profana alegría que del místico recogimiento. Herrera, que se daba mucho mejor traza para lo pequeño que para las grandes concepciones arquitectónicas, echó el resto en el diseño y ornamentación de esta pieza.

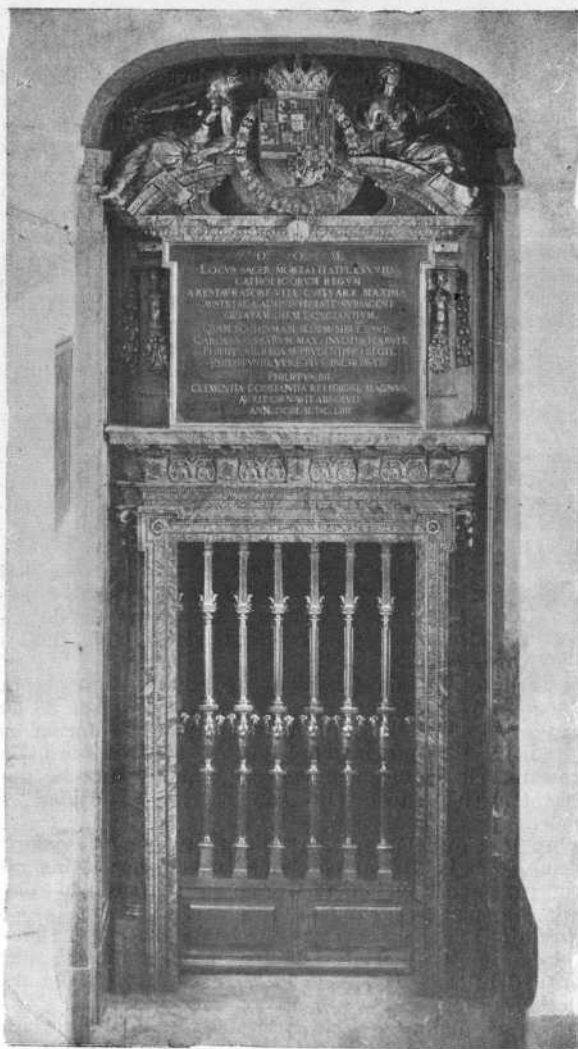
La sacristía, como es obligado, comunica con el templo. Pero no directamente, sino por un amplio pasadizo o corredor, que cumple este destino. En este pasadizo, a su derecha, se encuentra la puerta que da acceso al Panteón de Reyes.

He aquí la pieza que atrae la más aguda curiosidad del vulgo internacional que visita estos históricos parajes. ¡Ahí es nada! Penetrar en el recinto donde están enterrados los Reyes y Reinas de España de los cuatro siglos últimos.

El famoso Panteón de Reyes no es sino una cripta de buenas proporciones—36 pies de diámetro por 38 de altura—colocada debajo del altar mayor. Su forma es ochavada, y la materia empleada en toda la obra, de extraordinaria riqueza: mármoles, jaspes y bronce dorados, trabajado todo ello con mucha prolijidad y primor.

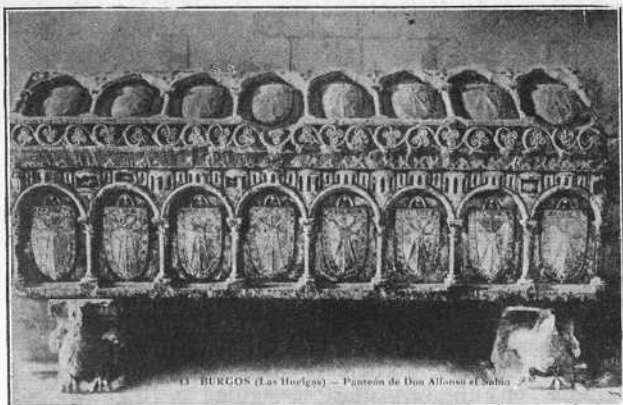
Sobre la riquísima puerta de entrada de la escalera por que se baja al Panteón, una inscripción latina de mucho carácter y elegancia prepara el ánimo a la contemplación de los grandes espectáculos: *Locus sacer mortalitatis exuviis...* «Lugar sagrado donde se guardan los despojos mortales de los Reyes católicos, que esperan del Restaurador de la Vida el deseado día de la Resurrección.»

Mas la verdad es que la majestad de la muerte no ha encontrado en este recinto la expresión plástica de



El Escorial.—Puerta del Panteón de Reyes.

su solemnidad y grandeza. Nada menos que veintiséis ataúdes de mármol negro empotrados, uno encima de otro y de cuatro en fondo, en los ochavos de los nichos, excepto el ochavo correspondiente a la puerta, que no lleva más que dos, forman esta considerable aglomeración mortuoria. La pobreza y ruindad de la concepción artística contrastan con el lujo sin tasa en los materiales y en la ejecución de la obra. A mí, sin ser parte a remediarlo, cada vez que entro en este lugar sa-



Burgos (Las Huelgas). - Panteón de D. Alfonso el Sabio.

grado, más que última morada de Reyes se me antoja exposición lujosa de alguna grande empresa de pompas fúnebres.

Y recorro con el pensamiento las sepulturas de algunos Reyes castellanos de la Edad Media y de los comienzos de la que va dejando ya de ser Edad Moderna:

Alfonso VIII el de las Navas y el Rey Sabio, guardados en soberbias urnas de piedra dentro del misterio de la clausura de las Reales Huelgas de Burgos; Don Juan II y su esposa Doña Isabel de Portugal que, uno al lado del otro, perpetúan la fidelidad conyugal más allá de la muerte, en el prodigioso alabastro que cince-

l6 Gil de Siloe, bajo la bóveda de la cartuja de Miraflores; Doña Juana de Castilla, la loca de amor, que sólo después de la muerte puede disfrutar de la fiel compañía de su regio marido Felipe el Hermoso en la penumbra de la Capilla Real de Granada.

¡Cuánta más fortuna artística para sus despojos mortales tuvieron estos Monarcas que los de nuestro siglo de oro y sus sucesores, puestos aquí en docena y como al por mayor, sin otro signo que diferencie a unos de otros que una tarjeta de bronce dorado con letras negras sobre cada féretro! No; esta obra del Panteón de Reyes no la hizo Felipe II; sino que, como reza la inscripción latina antes dicha: «Felipe III la comenzó, y Felipe IV la aumentó, adornó y concluyó.» A buen seguro que el segundo de los Felipes no hubiera consentido este desaguisado artístico.

Con eso y todo, mi buen inglés se interesa grandemente por estos reales despojos, y me pregunta muy seriamente si permiten abrir los féretros. Yo creo que con ánimo de meter las narices en el de Felipe II a ver si en efecto está bien muerto.

Sí. El Monarca que armó y equipó tan cuidadosamente «La Invencible», que fué vencida primero por los elementos y después por los hombres, bien muerto está. Pero su idea sobre la necesidad, para la paz de Europa y del mundo, de destronar a Inglaterra del Imperio de los mares, la recogió primero Richelieu, después Napoleón, en nuestros días Alemania, y viva está y palpitante, y tarde o temprano será puesta por obra. Que éste es uno de los privilegios de los grandes genios de la Historia: influir en los destinos de la humanidad a distancia de siglos, después de su muerte.

LA BIBLIOTECA



STAMOS al lado de la puerta del templo que comunica con la sacristía, abierta en el lado de la Epístola, y defendida por una modesta reja de madera.

Pero no quiero que la entrada en tan insigne iglesia la hagamos por una puerta secundaria y con reja de madera, sino por la puerta prin-

cipal y entre magníficas rejas de bronce; y así, decido que visitemos ahora la biblioteca.

Para lo cual hay que volver sobre nuestros pasos y salir de nuevo al patio de los Reyes. Antes invito a mi amigo a tener la gentileza de poner, él la flor de un recuerdo, yo la ofrenda de una oración, sobre la sepultura del que fué alma de esta biblioteca: Fray José de Sigüenza.

En uno de los claustros menores del Monasterio, en un rincón silencioso y apacible de este inmenso edificio, se ve en el suelo una sencilla lauda de piedra que cubre los restos mortales del grande escritor, y trabajador diligente y artista. Aunque el sitio no es de muy frecuentado tránsito, los años van haciendo su obra, y la inscripción comienza a estar borrosa. No obstante, con un poco de paciencia, aún se puede leer del todo: *Hic dormit qui semper vigilavit.* «Aquí duerme el que siempre veló.» Sigue el nombre y cargo del muerto, y termina así la bella y fúnebre loa: *Disciplinae monasticae decus christiana tuget historia. ¿Quid*



El Escorial.—La Biblioteca.

plura? Scripta lege obiit die XXII maii anno MDCVI.
«Dechado de disciplina monástica, la historia cristiana le llora. ¿Quieres saber más? Lee sus escritos. Murió el día 22 de mayo del año 1606.»

¡Qué pocos de los visitantes de estos históricos para-

jes se acuerdan del cultísimo historiador de la Orden de San Jerónimo, y tienen la delicadeza de visitar la morada postrera de este clásico escritor y virtuoso monje, que disfrutó de trato familiar y frecuente con Felipe II! Quien tuvo de él tan grande aprecio, que solía decir de los que visitaban El Escorial y no habían visitado al Padre Sigüenza: «Pues no han visto lo mejor de El Escorial.»

La habitación de la biblioteca está situada sobre el zaguán o pórtico de la entrada principal del Monasterio, a altura equivalente a tercer piso, y se sube a ella por una escalera de peldaños de piedra; pero tan altos, que más semeja escalera de torre que de biblioteca.

El gentil paso que llevamos para aprovechar la tarde, y la corpulencia de mi amigo, le hacen llegar al final de la ascensión soplando como una ballena. Detiéndose ante la puerta de la biblioteca (toda ella de maderas finas muy bien trabajadas y ensambladas), más para descansar que para leer la inscripción que campea en el óvalo del frontispicio, conminando con la excomunión a los que sacaren libros o cualquiera otro objeto de este lugar cuasi-sagrado. Aparte del carácter eclesiástico de la función, no son menos conminatorias las prohibiciones de los reglamentos de nuestras modernas bibliotecas. Pero, andando el tiempo, no bastó con la amenaza eclesiástica, y fué preciso defender los libros con una alambrada a lo largo de toda la estantería. Que en esto, como en lo demás, la flaqueza humana ha menester votos y rejas, y, aun así, no sobra nada.

La sala es de dimensiones amplias—184 pies de larga por 34 de ancha y 36 de altura hasta la clave de la bóveda—; iluminada con abundancia por la luz que recibe de cinco grandes balcones rasgados hasta el suelo y coronados por otras tantas ventanas que dan al patio de los Reyes; en la banda opuesta, por siete hermosas ventanas abiertas en la fachada principal mirando a la lonja de poniente. El pavimento, lo mismo que el de la sacristía, de mármoles blancos y pardos combinados graciosamente.

Adosada a los muros, corre una lujosa estantería, bien diseñada por Herrera, y mejor ejecutada por Flecha y Gamboa, en caoba, ébano, cedro, boj, terebinto y nogal. Albérganse en tan espléndida morada los «cuatro

mil cuerpos de libros» que regaló Felipe II de su biblioteca particular para dar nacimiento a la escurialense. Pronto se les unieron los soberbios libros de don Diego de Mendoza—los mejores de la biblioteca—que adquirió de sus herederos el Monarca, obligándose en cambio a pagar las deudas que resultaron a la muerte del don Diego.

Y, desde entonces, no se da punto de reposo el inteligente Monarca en adquirir toda clase de libros para traerlos a poblar esta mansión de ciencia. Y encarga a Arias Montano la adquisición—sin reparar en precio—de magníficos incunables en Holanda, y a Ambrosio de Morales los libros del Obispo de Plasencia, y se traen los de la librería de Jerónimo de Zurita, del doctor Burgo de la Paz, de la Capilla Real de Granada. De los Monasterios de la Murta y de Poblet, las obras de Raimundo Lulio. Manuscritos griegos, hebreos y árabes de valor incalculable; los mejores libros de toda índole que existían en aquel tiempo entran a morar en esta *Sedes Sapientiae*. Hasta vienen aquí, y encuentran buen acomodo, muchos de los libros prohibidos por la Inquisición.

Y todo esto lo hacía el Monarca, no con ánimo de ostentación ni por capricho de bibliómano poderoso, sino convencido de la eficacia de la ciencia. Refiriéndose a la biblioteca de este Monasterio, en una instrucción a Arias Montano: «Esta es, dice, una de las principales riquezas que yo quería dejar a los religiosos que en él hubieren de residir, *como lo más útil y necesario.*» Para sostener su rango, dotó a esta biblioteca el prudente Monarca de rentas pingües y de privilegios que, de haber sido guardados después de su muerte, hubieran hecho a buen seguro de la biblioteca escurialense la primera de Europa.

Mi compañero, ante estas rigurosas verdades históricas que se entran por los ojos con sólo venir a El Escorial y no tenerlos cerrados o empeñarse en ver visiones, siente vacilar un poco sus rancias convicciones británicas acerca de Felipe II. Pero, defendiéndose en retirada, y como encastillándose en algo inexpugnable, me dispara a manera de cañonazo esta pregunta: «¿Y la pragmática de 1559?»

Recojo el guante sin vacilar. Sí, es cierto. En 22 de noviembre de 1559, y fechada en el Real Sitio de Aranjuez, expidió Felipe II una pragmática que, entre otras

cosas, decía: «Por lo cual mandamos que de aquí adelante ninguno de nuestros súbditos y naturales, de cualquiera estado, condición y calidad que sean, eclesiásti-



Coello.—Retrato del P. Sigüenza, existente en la Biblioteca de El Escorial.

cos o seculares, frailes ni clérigos, ni otros algunos, no puedan ir ni salir destos reinos a estudiar, ni enseñar, ni aprender, ni a estar ni residir en Universidades, ni estudios ni colegios fuera de estos reinos; y que los que hasta agora y al presente estuvieren y residieren en las

tales Universidades, estudios o colegios, se salgan y no estén más en ellos, dentro de cuatro meses después de la data y publicación desta nuestra carta.»

¡Oh! Y cómo rasgan sus vestiduras ante esta pragmática los fariseos modernos, falsos sacerdotes de la ciencia. No me puede sorprender que mi buen inglés trate de esgrimir esta arma contra Felipe II, cuando son tantos los malos españoles que la han usado a manera de maza—así lo creen ellos—para aplastar la memoria del oscurantista Monarca, y declararle convicto y confeso del odioso crimen de haber laherrojado! el pensamiento español del siglo xvi.

Nuestros críticos e historiadores radicales, siguiendo la tradición y las huellas de los enciclopedistas franceses, se entran alegremente por los campos de la historia sin molestar-se demasiado en estudiarla. Por lo cual, no se han enterado todavía de las verdaderas causas que motivaron esta maldecida pragmática, ni del espíritu que pre-idió su cumplimiento.

Había en aquellos tiempos en España nada menos que 32 Universidades y 4.000 escuelas de gramática y colegios mayores y menores. Pero el afán y la admiración por lo extranjero, juzgándolo mejor que lo nuestro, era ya un vicio nacional. Mariana explicaba en la Sorbona; Fray Pedro de Soto, en Ingolstad; Rodrigo de Arriaga, en Praga; en Varsovia y Cracovia, Ruiz de Moros y Alfonso de Salmerón. En Lovaina, en Bolonia, en Burdeos, en Oxford, en Roma, en todos los grandes centros de enseñanza de Europa, leían artes y ciencias los sabios españoles. Los estudiantes seguían a sus profesores, y maestros y discípulos, en continuado éxodo, desertaban las aulas españolas, haciendo imposible su sostenimiento. Felipe II quiso cortar el mal de raíz, y por medio de esta pragmática trató de restituir a las Universidades y escuelas españolas su población estudiantil. Añádase a esto que la pragmática nunca se cumplió con rigor, ni estorbó la libre comunicación con el extranjero en todo lo que realmente era ciencia. La prueba más concluyente de ello es que el *aherrojado* pensamiento español del siglo xvi alumbraba y dirigía al mundo entero, como lo van reconociendo hoy cuantos estudian a fondo este siglo xvi, que Spéngler ha llamado «el siglo español».

No, no es posible, dentro de esta biblioteca, sostener que Felipe II fué enemigo del saber humano,

La decoración pictórica de la biblioteca es original y bella en extremo. Toda la bóveda y partes del muro que la estantería deja libre están pintadas al fresco. La parte puramente decorativa, por Fabricio y Granello, en estilo grotesco. Para los frescos de la bóveda, ejecutados por Peregrín Peregrini *Tibaldi*, quiso Felipe II que fuera el Padre Sigüenza quien diera las ideas y los asuntos.

En los dos testeros principales se representan muy adecuadamente la Teología y la Filosofía. A lo largo de la bóveda, y en siete divisiones consecutivas, se muestran las tres artes de la elocuencia: la Gramática, la Retórica y la Dialéctica, *el Trivio*, y las cuatro artes de las matemáticas: la Aritmética, la Música, la Geometría y la Astronomía, *el Cuadrivio*. El Trivio y el Cuadrivio medievales asisten complacidos desde lo alto de la bóveda a la espléndida floración literaria y científica el siglo xv.

Cada arte está simbolizado en la parte central de la bóveda; y a un lado y a otro, frisos con una historia alusiva de cada arte. No tenemos tiempo de examinar detenidamente las siete divisiones, por lo que, al azar, elijo una: la que corresponde a la Aritmética. En el centro de la bóveda se representa a la Aritmética por una matrona a quien rodean varios jóvenes que sostienen en las manos tablas con números. En el friso de la derecha, varios grupos de gimnosofistas desarrollan cálculos matemáticos sobre la arena, mientras otros grupos observan los números pares e impares de un triángulo, con cuya figura comparaban el alma racional. En el friso del lado opuesto, se recuerda a la Reina Saba, que vino desde su remoto reino a Jerusalén, atraída por la ciencia de Salomón. Están sentados ambos a los lados de una mesa, y la Reina Saba propone enigmas, a que contesta Salomón con las palabras del versículo del Libro de la Sabiduría escritas sobre el tapete de la mesa en caracteres hebraicos: *Homnia in mensura et numero et pondere disposuisti*. «Todo lo dispusiste con número, peso y medida».

Por este mismo estilo, cada división es un curso de historia del arte representado, lleno de amenidad y de erudición. ¡Llor al Padre Sigüenza!

Mi amigo me hace observar que a *Tibaldi* se le fué un poco la mano en el tamaño de las figuras principales de la bóveda. Así es, en efecto, y sin duda calculó el

artista estos frescos para ser contemplados a mayor altura.

En el centro de la sala de la biblioteca, siete, entre mesas y veladores, sostienen otras tantas vitrinas conteniendo manuscritos, libros y códices del más subido valor histórico y artístico. Al lado de los Breviarios, Salterios y Libros Sagrados, se ven: la crónica troyana del siglo XIV, la cosmografía de Tolomeo, el Breviario de amor en verso provenzal antiguo, los Libros del Saber y de la Astronomía, de Alfonso el Sabio. Los colores vivos y alegres de las iluminaciones y miniaturas convidan a adentrarse con calma y recogimiento por aquellas viejas páginas donde se contiene la sabiduría de la Edad Media.

Y, como final, una octava vitrina, demasiado pobre para el tesoro que encierra: los manuscritos originales de la Vida, Modo de visitar los Conventos, las Fundaciones, y Camino de Perfección, escritos por la mano de la misma Santa Teresa de Jesús.

Nadie con más títulos que aquella santa mística, valiente e instruída, que no quería en sus Conventos *santas bobas*, para figurar en sitio de honor en esta biblioteca. En vida de la Virgen avileña fué el inteligente Monarca su defensor decidido. Y cuando la tormenta de la persecución—que suele acompañar a todos los fundadores y reformadores de órdenes religiosas—descargaba sobre la animosa santa, y nada menos que el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Segá, cometía el error de llamarla «Fémina inquieta y andariega», el señor Don Felipe II no consintió que el Nuncio juzgara él por sí solo la causa de la discutida monja, sino que le nombró cuatro *acompañados* (1) españoles para asesorarle, con lo que triunfó una vez más la santidad.

Después de morir la santa, quiso el Rey honrar su memoria trayendo a la biblioteca escurialense estos manuscritos, y se los pidió al General de los Carmelitas con toda la eficacia que solía pedir las cosas que le importaban de veras.

(1) Estos *acompañados* me recuerdan la liebre que le puso muerta a Zúñiga para que le tirase; porque en cuanto Santa Teresa supo las personas en quien había recaído el nombramiento dió por «acabado el negocio» y por ganada su causa.

Ni mi compañero ni yo acertamos a salir de esta biblioteca singular, que me confiesa mi amigo es la más bella y atractiva de cuantas ha visto en el mundo. Pero el tiempo corre, y no hay más remedio que hacer punto.

Allí, pendiente en el muro oriental de la sala, queda la efigie del Monarca más humano y más ineligente en su tiempo, en el soberbio retrato que pintó Pantoja. El retrato es de cuerpo entero y representa al Rey en pie, ya en las postrimerías de su vida, pero aún demuestra en el continente la serena energía de su ánimo. Vestido está de luto, y muy oscuro es también el fondo del cuadro. Todo está preparado para que destaque la soberana cabeza, trabajada con el mayor cariño y arte. Noble la frente, que albergó siempre tan altos pensamientos; asómasele a los ojos su poderoso entendimiento, «que suele mejorarse con los años», como dijo el Príncipe de los ingenios; en la boca y en la expresión del rostro, un dejo de resignada melancolía ante el recuerdo de su hijo primogénito, el infortunado Príncipe don Carlos, y de la pérdida de la Armada Invencible, las dos más grandes tristezas de su vida.

Menos mal que el gran Rey no pudo sospechar siquiera que en la España a quien amó tanto vendrían tiempos en que habría muchos españoles ignorantes que no le amaran, y no pocos malos españoles que le odiaran con encono. En todo lo que conozco de la historia, no he visto un caso semejante de mentecatez, de injusticia y de ingratitud colectiva.

VII

LOS ENTERRAMIENTOS



HEGA por fin la hora de visitar el templo, adonde nos dirigimos desde la Biblioteca, atravesando de nuevo el patio de los Reyes.

Allá en la fachada, desde lo alto de sus pedestales, estos seis Reyes de Israel—que ni reinan ni gobiernan—, entretienen sus ocios reales en llevar el registro de los visitantes del templo;

y a fe que no errarán uno solo en la cuenta, porque las alas laterales del patio están desamparadas y sin saliente alguno, ni otro adorno que no menos de un centenar de ventanas entre ambas, de manera que no hay dónde ocultarse, ni posibilidad de sustraerse a la callada inspección de estos Reyes de piedra.

Pasado el p^ortico exterior del templo, dan entrada directa al interior tres puertas en arco, de mayor tamaño la central que las dos laterales. Todas tres comunican al extenso bajo coro, a quien sirve de techo la famosa bóveda plana de El Escorial, mucho más famosa que bella. No dudó que Herrera solucionara con esta bóveda un difícil problema constructivo; pero el efecto estético es nulo, y el problema artístico quedó por resolver.

Comunica el bajo coro con el cuerpo de la Iglesia por tres grandes puertas, también en arco, que engarzan otras tantas magníficas y costosas rejas de bronce.

Esta sí que es entrada digna de tan famoso monumento.

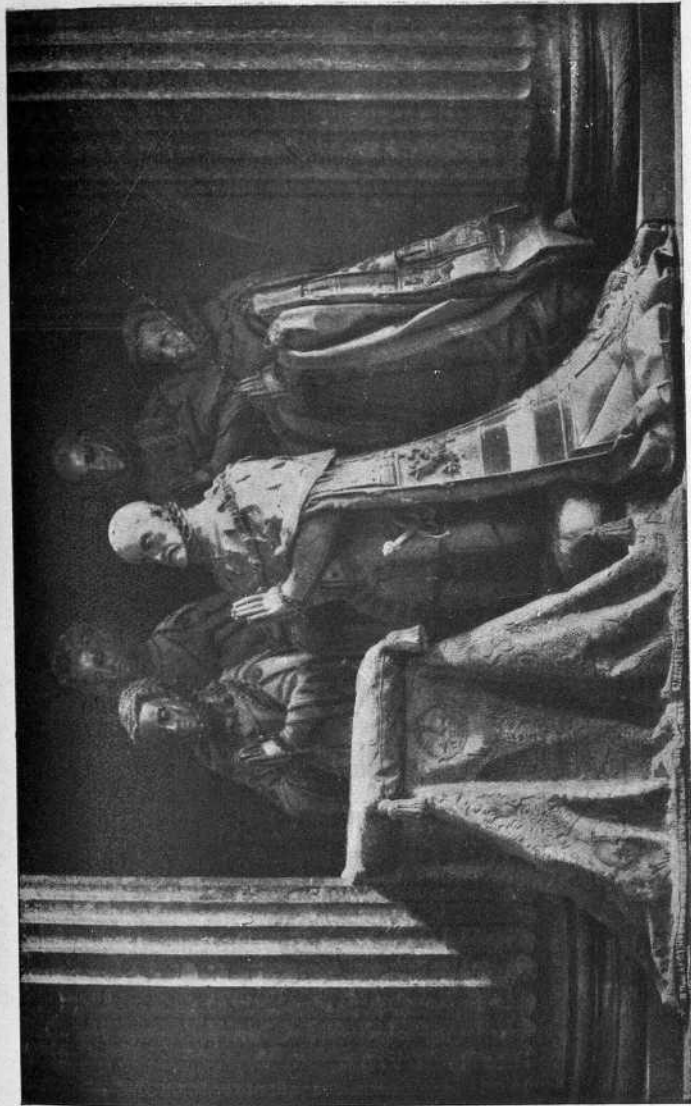
La impresión primera que se recibe al entrar en el amplísimo recinto es de solemnidad y grandeza, lo mismo que ocurre en todas las grandes piezas de este edificio. Los ojos pasean complacidos su mirada por las líneas generales del templo, llenas de majestad y proporción; por la poderosa cornisa que, a 30 pies de altura, da vuelta a toda la iglesia; por los robustísimos pilares que sostienen la ingente cúpula central. Una luz blanca y abundante penetra por 38 ventanas, abiertas en toda la fábrica, y distribuidas muy hábilmente entre el coro, cúpula y muros.

Pero, entrando a analizar la obra más despacio, no se pueden extender demasiado los elogios. La disposición general del templo tiene poco de original: es la planta cuadrada, dibujando una cruz griega o de brazos iguales, por la intersección de las dos naves que se cruzan. En el centro, y sostenida por cuatro enormes pilares, la cúpula o cimborrio.

Desde que un arquitecto asiático, hace ya muchos siglos, resolvió el problema constructivo de sostener una cúpula sobre cuatro pilares por medio de pechinas, ha sido repetido hasta la saciedad este mismo tema arquitectónico. Los artífices medievales que tenían ideas propias, le dieron bastante de mano; pero los arquitectos renacentistas le resucitaron con pujanza, y desde entonces puede afirmarse que es ésta la tesis arquitectónica a que se sujeta la mayor parte de los templos modernos.

Parece ser que la traza para el templo escurialense no la ideó Herrera, sino un obscuro arquitecto italiano, llamado Paccioto, a quien, inaturalmente!, muy pronto le transformaron el apellido, españolizándolo con el familiar aumentativo de Pachote. No mereció mucho más por esta obra.

Sin que pueda llamarse copia, es una imitación de San Pedro Vaticano, pero sin chispazos de originalidad ni de genio. La abundancia de materia es enorme. Una tempestad de piedra de sillería parece haber descargado sobre el sagrado recinto. En medio de la planta de la Iglesia destacan con robustez inaudita los cuatro pilares, buenos para sustentar, no ya la cúpula de El Escorial, sino la mismísima bóveda del firmamento cielo. Los presuntuosos arquitectos renacentistas lo resolvían todo a fuerza de masa; carecían del sentido del equilibrio,



El Rey Don Felipe II, la Reina Doña Ana, su cuarta y última mujer; Doña Isabel de Valois, su tercera mujer; Doña Maria de Portugal, su primera esposa, y el Príncipe Don Carlos.

que tan delicadamente pusieron por obra en sus construcciones los grandes artífices medievales.

Después de habernos despachado a nuestro gusto en la crítica de tan elogiado monumento, mi buen inglés (1) y yo, nuestra atención se fija placentera en la Capilla mayor, que es sin disputa lo mejor de todo el templo. El presbiterio está a una altura mayor de lo corriente y se sube a él por una escalinata de 12 gradas de mármol sanguíneo finamente pulimentado. Todo el lienzo de muro del fondo lo ocupa el retablo. A un lado y a otro están los dos oratorios o enterramientos reales; en el lado del Evangelio, el de Carlos V; en el de la Epístola, el de Felipe II.

Contemplando estos dos grupos de figuras llenos de gracia y de elegancia, descansamos al fin de Miguel Angel y de Herrera, para recrearnos en el genio de los Leoni. La obra, si a alguien recuerda, es a Donatello y los bronzistas italianos del siglo xv. ¡Qué habilidad en la difícil composición de los grupos, formados nada menos que de cinco efigies cada uno! ¡Qué soltura en el modelado de cada personaje! ¡Qué elegantísima y religiosa gravedad en la actitud y apostura de los dos monarcas!

La materia en que están ejecutados estos monumentos, es bronce dorado a fuego. El noble material se complace en seguir dócilmente la inspiración de los artífices, y se pliega como riquísimo tejido en las vestiduras de los personajes, o señala delicadamente las líneas de las facciones y de los cuerpos de cada estatua. No hay una sola figura vulgar; todas están dotadas de vida y expresión propia; todas también revelan en el distinguido porte su sangre real.

Debajo del enterramiento de Felipe II se abre una tribuna que comunica con las habitaciones del monarca, dispuesta de tal suerte, que desde el mismo lecho pudiera asistir a los Oficios Divinos.

(1) Mi amigo me añade por su cuenta, que le agradan muy poco los frescos que adornan el templo. Dígole en descargo del buen Rey, que sólo son de su tiempo los frescos de la vóveda del coro y los de la capilla mayor, ejecutados por Lucas Cambiaso *Luquetto*. Quiso el Rey traer para la decoración de El Escorial, primero a Tintoretto y después al Veronés, el decorador del palacio de los Dux de Venecia, pero no pudo conseguirlo y hubo de conformarse con artistas de segundo orden.

Se ha fantaseado largamente sobre la intervención personal de Felipe II en las obras de El Escorial. Pero nada autoriza el supuesto; antes bien, y como dejo dicho anteriormente, el Rey tenía en Herrera entera confianza y le dejó libres las manos para todo. Sólo hizo excepción en la disposición de esta tribuna, imitando lo hecho por su padre en Yuste, donde fué también voluntad del Emperador tener en sus habitaciones una tribuna que diera a la Iglesia.

En lo que tampoco hay duda que intervino personalmente el Monarca es en la composición de los enterramientos reales.

¿De dónde tomó el Rey la idea para esta obra? Porque la traza y composición de estos monumentos se aparta por completo de la tradición artística española. Lo corriente y acostumbrado en nuestra escultura funeraria es la grave estatua yacente, representando al personaje después de muerto, vestido con las mejores vestiduras y galas del oficio que tuvo en vida, pero subrayando en la composición y expresión la solemne majestad de la muerte. Con el renacimiento se introducen las estatuas orantes: y aun recuerdo una estatua *escribiente*: la del Obispo don Alonso de Madrigal, El Tostado, que en el trasaltar de la Catedral de Avila representa a este abundantísimo escritor ejercitando el arte que le dió la fama. Pero siempre el monumento funerario es de una sola persona, a lo sumo de dos cuando se trata de un matrimonio. Estos dos grupos familiares de los oratorios reales escorialenses son una novedad sin precedentes en nuestras costumbres artísticas.

Son tienen algunos que Felipe II y Leoni se inspiraron para esta obra en el magnífico cenotafio que se mandó erigir en Innsbruck el Emperador Maximiliano. Es muy dudoso el aserto, porque el parecido entre ambos monumentos es escaso.

En Innsbruck el mausoleo del Emperador aparece, es verdad, rodeado de 28 grandes estatuas *velantes* representando a sus antepasados reales y fantásticos (1); pero contemplan el espectáculo a distancia, separados uno de otro y sin formar escena de conjunto entre

(1) Mi amigo, que ha visto este monumento, me dice que entre otros está el Rey Artus, el legendario Rey inglés, que no murió, sino que se convirtió en cuervo, por cuya causa, aun en nuestros días los cazadores ingleses se abstienen de tirar a estos negros pájaros.

sí ni con el Emperador. El túmulo está en el centro, con las estatuas de las cuatro virtudes cardinales en los ángulos, y encima, en lo alto, presidiendo toda aquella extensa y complicada obra, la estatua orante del Emperador Maximiliano. Es un monumento concebido con piedad y fe religiosa, pero tocado de soberbia.

¡Qué diferencia del monumento funerario familiar que ideó Felipe II y ejecutaron y plasmaron los Leoni! Aquí el Rey aparece, sí, en primer término, como corresponde a su dignidad; arrodillado en un reclinatorio de bellísimas labores y mirando al altar, con las manos en actitud de orar; el continente majestuoso y solemne, porque no es ahora el compañero de los monjes en el coro, sino que está vestido de su armadura y cubierto con el manto real, y su oración debe ser la oración de un Rey. Tiene a su derecha a su última esposa, doña Ana de Austria; detrás, doña Isabel de Valois, su tercera esposa, y doña María, que lo fué la primera; al lado de ésta, su hijo primogénito, el Príncipe don Carlos (1). Todos están de rodillas en actitud de orar; todos acompañan graves y piadosos al señor Don Felipe en su oración postrera.

La idea para la composición de este monumento no la tomó de la tumba de Maximiliano, ni la sacó el gran Rey de su cabeza, sino de su corazón.

A los que tan tierna y hondamente amó en vida, a sus tres esposas y a su hijo primogénito, quiso conservarles a su lado después de la muerte.

Considerando este monumento, se ocurre el pensamiento de que, si realmente hubiera habido algo siquiera de cierto en las villanas y tremendas calumnias que le han levantado los historiadores sobre su conducta con el Príncipe don Carlos, sería ciertamente el mayor monstruo de los nacidos, pues quiso que eternamente le acompañara en su oración funeral la efigie del hijo desgraciado.

Ante este testimonio de bronce, la verdad histórica recobra sus fueros. Ninguna persona culta cree hoy en

(1) La composición del enterramiento de Carlos V me parece un poco forzada, para hacer juego con el de Felipe II. En primer término está el Emperador, y al lado, la Emperatriz Doña Isabel, su esposa; detrás, su hija Doña María y, en último término, sus hermanas Doña Leonor, Reina de Francia, y Doña María, Reina de Hungría.

esta tenebrosa leyenda que Gachard disipó para siempre. Pero la defensa de Gachard es técnica, es fría, no comprende bien el amor del padre.

El Príncipe don Carlos fué el hijo primogénito de Felipe II, y lo hubo de su primera esposa, doña María, la mujer querida que eligió su corazón, desatendiendo las razones de Estado.

¡Qué dolor tan grande iba recibiendo el padre a medida que el Príncipe crecía! Desde la primera infancia dió muestra de su condición perversa; divertíase haciendo padecer y morir por su mano los gazapillos vivos que le traían para entretenerle, de que tan mal presagio hizo el embajador de la Señoría de Venecia. Más adelante, ni los consejos y castigos de sus maestros, ni las amenazas y reprensiones de su padre, pudieron hacer variar el rumbo fijo y desgraciado del adolescente. Por fútiles motivos intentó matar al Presidente del Consejo de Castilla, don Diego de Espinosa; al Duque de Alba, a su tío don Juan de Austria. Era un caso manifiesto de *moral insanity*, de perversión moral, era el atavismo (1), la tara hereditaria que se cebaba en aquella naturaleza desquiciada. Y cuando Felipe II adquirió el triste convencimiento de que el mal no tenía remedio, y el desdichado Príncipe ponía colmo a sus locuras, entendiéndose con los enemigos de la Patria y proyectando escaparse a Flandes para ponerse al frente de ellos, el prudente Monarca consultó el gravísimo caso con juristas y teólogos, y de acuerdo con ellos tomó la determinación de recluir en sus habitaciones al Príncipe. El dolor del padre y el cumplimiento de los deberes de Rey, campean noblemente en las cartas que con este motivo dirigió al Pontífice, a su hermana doña Juana, al Duque de Alba y a los Soberanos extranjeros y ciudades y concejos españoles.

Los desarreglos de su vida dentro de la prisión ponen al Príncipe en trance de muerte. Pero permitió el Todopoderoso que al igual de su bisabuela doña Juana, recobrará el juicio para morir como cristiano. Quiso don

(1) Es de todos conocida la perturbación mental de Doña Juana la Loca, bisabuela del príncipe Don Carlos. No lo es tanto la de la madre de Isabel la Católica, abuela de Doña Juana, que estuvo tan loca como ella, y hasta se le pareció en la edad avanzada que alcanzó en este lamentable estado.



Carlos, después de confesarse, pedir perdón a su padre; pero el confesor, Fray Diego de Chaves, y los consejeros del Monarca, con una notable previsión del tratamiento de esta enfermedad, no consideraron prudente que el Rey se mostrara al enfermo para no renovar el fondo de los recientes y dolorosos recuerdos de su pasado.

Felipe II, obediente siempre a sus leales consejeros, los obedeció también en esta ocasión. Pero no quiso que el Príncipe muriera sin recibir su bendición, y así, dominando los sollozos y el llanto que corría por su rostro, ocultándose detrás de los que rodeaban el lecho del agonizante Príncipe, por entre los hombros del Prior de San Juan y del Príncipe de Eboli, sacó su mano derecha para bendecir al que moría. Escena digna de haber sido presenciada por el Greco para perpetuarla con sus maravillosos pinceles en un lienzo parejo de «El entierro del Conde de Orgaz».

LA REINA MARY



El amigo continúa contemplando el monumento funerario de Felipe II, y, con mucha cachaza, con legítima flema inglesa, va repasando uno por uno los personajes en él representados. Como resultado del minucioso recuento me dice al fin: «Aquí falta una de las esposas de Felipe II: la nuestra, la Reina Mary.»

Como lo que me va a oír sobre este tema no ha de serle muy agradable, extremo las precauciones de cortesía, y tomando a mi amigo familiarmente del brazo, nos encaminamos hacia las habitaciones de Felipe II.

Mi conocimiento del edificio me permite escapar esta vez a la inspección de los Reyes de Monegro, y sin salir al patio de los Reyes, por una puerta a la izquierda, dentro del mismo pórtico del templo, salimos primero a un patinejo; se pasa después un claustro menor, luego otro, para desembocar al fin en el claustro del Palacio. Por el camino voy contando a mi amigo la historia de esta boda.

No son muchos los ingleses (ni los españoles) que saben a ciencia cierta que Felipe II fué Rey consorte de Inglaterra durante algo más de cuatro años. Casi todos los británicos ven en Felipe II el enemigo formidable de Inglaterra, el creador de la Invencible; pero ignoran que antes de ello fué nuestro gran Rey Príncipe de Inglaterra y habitante por derecho propio del palacio de Windsor. Tengo a la vista uno de esos lindos y pa-

trióticos (demasiado patrióticos) manuales de historia que se leen en las escuelas inglesas, y en él se salta bo-



La Reina Maria Tudor (cuadro de Tiziano)

nitamente de Eduardo VI a la Reina Isabel, sin mas que un renglón en letra muy pequeña dedicado a María Tudor y sin una sola palabra para Felipe II.

La idea de la boda del Príncipe don Felipe con María

Tudor, heredera del Trono de Inglaterra, fué del Emperador Carlos V, quien no era Austria en balde, y seguía en su alta política la tradición de la Casa de Austria, de ensanchar sus dominios e influencia por medio de matrimonios ventajosos. Tanto repitieron los Austrias esta maniobra, que dió lugar a aquella epigramática sentencia latina: *Bella gerant alii; tu, felix Austria, nube, Nam quae Mars aliis, dat tibi regna Venus.* «Hagan otros la guerra. Tú, Austria feliz, cástate; porque lo que a otros Marte, da a ti la Reina Venus.»

Don Felipe, que tenía mucha noticia de la edad, figura y demás partes de la novia que su padre le deparaba—no obstante el filial respeto que siempre guardó al Emperador—, recibió la indicación matrimonial con desvío; más aún, con franco desagrado. Su afición le llevaba a elegir para segunda esposa a otra Princesa de Portugal. Pero tanto apretó el Emperador, y tan puesto estaba en la conveniencia de aquel matrimonio, que llegó a amenazar—a pesar de sus años y achaques—con ofrecer él su propia mano a María Tudor, si su hijo no se avenía a tomar el consejo.

Para hombre de tan buen gusto como el Príncipe Don Felipe, el sacrificio debió ser muy duro; pero al fin accedió a cumplir la voluntad de su padre.

Recibió la novia con el mayor agrado las embajadas y proposiciones del Emperador, de manera que las negociaciones diplomáticas se llevaron con la mayor rapidez posible.

Pero los franceses miraban esta alianza matrimonial con envidia o recelo; e hicieron todo lo posible por estorbarla. Maestros consumados en la calumnia de sus enemigos, difamaron cuanto pudieron a Don Felipe y a los españoles en la Corte inglesa, y consiguieron crear en Inglaterra un ambiente hostil a España. A la muerte de Eduardo VI hubo en Inglaterra serios disturbios, fomentados por los franceses, y hasta un conato de insurrección para disputar la Corona a la Reina Mary, trágica aventura que terminó con la muerte en patíbulo de la infortunada Juana Grey, la alucinada pretendiente.

Costóle no poco trabajo a María Tudor, Reina ya de Inglaterra, conseguir para esta boda la aprobación del «Consejo de Reina» y del Parlamento; pero de todo triunfó su decidida voluntad de casarse con Don Felipe.

Las cláusulas de las capitulaciones matrimoniales que

los españoles propusieron eran tan moderadas y razonables, que ello mismo fué motivo de suspicacia para los ingleses, que recelaban ocultas intenciones del Emperador y de Don Felipe.

Corría el mes de mayo de 1554 cuando llegó a Valladolid el Conde de Egmont «con despachos de haberse celebrado por poderes el desposorio y con noticia de la impaciencia con que la Reina aguardaba al Príncipe». Con lo que don Felipe determinó emprender el viaje.

Envió por delante al Marqués de las Navas con espléndidos regalos de joyas y ropas para su esposa, «que todo lo había menester para suplir la hermosura que le faltaba».

Al muy poco tiempo púsose en camino el Príncipe, para embarcar en el puerto de La Coruña, que su padre le había señalado al efecto en las curiosas instrucciones que le dió por escrito sobre todo este negocio.

Si Don Felipe aceptó como un sacrificio esta boda, tampoco los españoles la veían con agrado, y temían mucho de los peligros que en aquellas tierras pudiera correr su amado Príncipe. Expresión de estos temores, y al mismo tiempo de la confianza que todos tenían en el esforzado joven, son aquellos versos que, como cariñosa despedida, pusieron en un arco de triunfo, levantado para recibirle en la ciudad de La Coruña:

No vale fuerza ni maña
contra el Príncipe de España.

El estado de ánimo de Don Felipe se transparenta en las palabras que dijo unos días antes de embarcar: «Yo no voy a bodas, sino a pelear.» Y así lo parecía, en efecto, por el aparato militar de la flota que se había reunido en La Coruña para acompañarle en el viaje. «Son las velas que en servicio de Su Alteza van cien naos y cincuenta zabras, todas a una muy lucidas por todo extremo; entre las cuales hubo nao que llevaba, por ambas partes, trescientos tiros de bronce.» Los hombres de armas que iban a bordo de esta flota eran más de 6.000, aparte de la *gente mareante*. Todo se consideraba necesario para defenderse de la declarada hostilidad de los franceses y de la muy dudosa amistad de los ingleses.

No quiso embarcar Su Alteza en el navío *Almirante*, sino en una hermosa nave vizcaína de Martín de Bertendona. Diéronse a la mar el día 13 de junio, y a los ocho días de feliz navegación arribaron a South-hamp-

ton, *Antona*, como le llamaron los nuestros en una vigorosa españolización.

No consintió el Almirante inglés que desembarcara la gente de la Armada española, sino sólo el Príncipe con unos, muy pocos, caballeros de su séquito: el Duque de Alba, el Conde de Feria, Ruy Gómez de Silva, los cuatro Mayordomos de la Casa del Príncipe y los Condes de Egmont y de Horn. De manera que toda aquella fuerte compañía que Don Felipe llevaba para su defensa quedó por inútil. Pero no vaciló un punto el animoso Príncipe, y sin poner el menor reparo, se entregó, indefenso, en manos de quienes tanto recelaba pudieran ser sus enemigos. Con este su primer paso en Inglaterra comenzó ganándose por su bravura, si no la simpatía, el respeto y la admiración del Almirante y de los caballeros ingleses que habían acudido a recibirle.

La Reina estaba en Winchester, y para allí despachó Don Felipe a su Camarero mayor Ruy Gómez de Silva para anunciarla su llegada. De manera que Ruy Gómez fué el primero de los españoles de la comitiva que vio a la Reina. Su opinión sobre la novia fué rigurosa, y la expresó más adelante con ruda franqueza: «Hace falta mucho Dios para tragar este cáliz.» No fueron mucho más favorables las impresiones de los demás españoles cuando, autorizado ya el desembarco, la fueron conociendo. «La Reina no es nada hermosa, pues es pequeña y más flaca que gorda; es muy blanca y rubia; no tiene cejas; es una sancta; viste muy mal.» Cuando esto escribían los españoles, con tan grande agravio de la galantería, y a pesar de serles conocida la religiosidad de María Tudor, hay que suponer que la razón les sobraba.

Volvió a poco Ruy Gómez con la venia de la Reina, con lo que Don Felipe se encaminó en seguida para Winchester, sin duda obedeciendo al viejo adagio: «Los malos tragos, pasarlos pronto.»

La primera entrevista de los novios fué curiosa. Huelga decir que Don Felipe no se preocupó de aprender el inglés, por la misma razón que los ingleses de hoy no se preocupan de aprender otro idioma que el suyo, en la seguridad de ser entendidos en el mundo entero. El español era entonces el idioma de moda en Europa. y aun fuera de ella.

Estaba la Reina en una sala grande, acompañada del Gran Canciller, del Almirante y de los principales caballeros y damas de la Corte. Subió Don Felipe por una escalera de caracol, donde estaba la Reina, «la cual le

salió a recibir a la puerta con el regocijo que se puede pensar. Hiciéronse las cortesías de uso en esta tierra, que es besarse, y fueron de las manos a sus sillas a sentarse debajo de un dosel muy rico. Su Alteza estuvo muy cortésano con la Reina más de una hora, hablando él en español y ella en francés; así se entendían».

Hubo luego besamanos, y concluido éste, el Príncipe se retiraba, por ser tarde. «La Reina le hizo sentar otra vez. Y, según se entendió, ella se debió contentar harto d'el y le pareció bien cuan valeroso es.» Al despedirse, al fin, la preguntó el Príncipe cómo había de decir a las damas «buenas noches» en inglés; «la Reina le dijo que había de decir *good night*, y cuando llegó a las damas se le olvidó, y volvió, desde la media pieza, a preguntárselo a la Reina, que guató muy mucho de la vuelta que Su Alteza dió. Y así saludó a las damas en inglés, y se fué a su aposento».

La ceremonia de las bodas se celebró solemnísimamente el día 25 de julio, festividad de nuestro Apóstol Santiago, en la Catedral de Winchester. Asistió de Pontifical el Prelado de esta ciudad episcopal y Canciller del Reino, acompañado de otros seis Obispos, revestidos también de los ornamentos pontificales.

Hubo después de la ceremonia religiosa un fastuoso banquete de bodas, y tras el banquete se celebró el sarao. «Y como ya hubiese danzado gran parte de las damas y grandes con los caballeros, salieron los Reyes y danzaron sendas alemanas muy graciosamente; donde las damas holgaron muy mucho de ver danzar a Sus Majestades.»

¡Qué asombro será para muchos el saber que danzaba muy graciosamente Felipe II, el Rey sanguinario y cruel, de quien suponen que sólo se recreaba viendo quemar herejes! Pero la verdad histórica es que jamás presenció el Rey la quema ni el castigo de ningún hereje, ni lo consentía el ceremonial de los autos de fe, que ordenaba se retiraran las personas Reales en cuanto se daba lectura de la sentencia. En cambio, es muy cierto que bailaba de lo bien, y aún se sabe que le heredó con ventaja esta maña su hijo Don Felipe III, que fué el mejor bailarín de la Corte de España.

La opinión que formaron los españoles sobre los ingleses de aquella época no puede ser más desfavorable. En las cartas que escribían los del séquito de Don Felipe a sus deudos y amigos de España se tacha constan-

temente a los ingleses de bárbaros, de borrachos y de ladrones. «Beben más cerveza que agua lleva el río de Valladolid.» Pero en lo que hacían todos más pie era en lo de ladrones. «Son tantos los ladrones que hay en esta tierra, dice uno, que no se puede creer que andan muchos juntos de veinte en veinte. En fin, no hay ni se guarda ninguna justicia, ni tienen temor de Dios.» Y añadía otro: «Grandes bellacos andan por estos caminos y han despojado algunos, y entre ellos, al camarero de don Juan de Pacheco, hijo del Marqués de Villena, que le tomaron cuatrocientos escudos y toda la plata y cosas de oro, y no se ha hallado rastro, ni de cuatro o cinco cofres que faltan de la casa de Su Alteza.»

Mi amigo me escucha sin la menor muestra de alteración ni de irritación de sus sentimientos patrióticos, como si estuviera yo hablando de los habitantes de la Luna y no de los ingleses del siglo xvi. Es tan intensa y tan mañosamente patriótica la educación que se da a los jóvenes ingleses en punto a la historia de su país, que el que sus antepasados de hace poco más de tres siglos fueran, en efecto, ladrones, les parece una fábula milesia. ¡Y vaya si lo eran! Son irrefragables, aunque no muy conocidos, estos testimonios de que eran ladrones por tierra, y ciertísimo, y de todos sabido, que fueron, por aquel tiempo, extremados ladrones de mar o piratas.

Cuando, andando el tiempo, se enriquecieron lo bastante, proclamaron el imperio de la formalidad y de la honradez para ellos y para los demás. Y en cuanto a la historia, con no darla crédito, consideran borrado su pasado. Los instructores de los jóvenes británicos dicen y aseguran a sus discípulos que los ingleses eran caballeros en el siglo en que eran ladrones. Esta ventaja nos hacen a los españoles, donde tanto abundan los desatentados profesores y literatos e historiadores, que se empeñan en que no éramos sino ladrones en el siglo en que fuimos modelo eterno de caballeros.

No podían decir los ingleses, con verdad, estos mismos vituperios de los españoles; pero les correspondían con su cordial antipatía y hostilidad, y negándoles el agua y el fuego. Vaya un testimonio expresivo: «Los ingleses no nos pueden ver a los españoles más que al diablo, y así nos tratan.» Y no de un español, sino de un inglés, J. S. Jonathan Swith, en su crónica de la Reina María, es este párrafo: «Para un inglés andaban cuatro espa-

ñoles en la City, por cuyas plazas y calles, a falta de alojamiento, y por haberse negado resueltamente los ciudadanos a dárselo, vagaban desatentados en grupos de cuarenta y cincuenta.»

Con estos antecedentes, se comprende que la convivencia de españoles e ingleses no podía ser pacífica. No lo fué, en efecto. Eran diarias las pendencias y riñas, que acababan siempre en cuchilladas, en muertes, muchas veces. Dentro de los claustros mismos de Westminster hubo una seria refriega entre ingleses y españoles, con muchos heridos y muertos de ambas partes.

Constantemente estaban en peligro las relaciones amistosas entre ambos países, que, oficialmente, eran tan cordiales. Sólo el valor sereno y la prudencia de Don Felipe pudo evitar una catástrofe. De un lado, refrenaba a los españoles con toda su autoridad, diciéndoles que «convenía mucho a su servicio» que sufrieran en paciencia todos los desmanes. Por el otro, colmaba de atenciones y de mercedes a los caballeros ingleses, haciendo equilibrios inverosímiles con el dinero, de que siempre anduvo escaso. Don Felipe, que tan a fondo conocía a los ingleses, llevó consigo a Inglaterra un buen golpe de barras de oro de Indias, y con una fuerte guardia paseó la preciosa mercancía por las calles de Londres, antes de encerrar el tesoro en la Torre. La muchedumbre aplaudía al paso del oro.

Los altos personajes del séquito del Príncipe no las tenían todas consigo; Ruy Gómez de Silva escribía al Secretario Eraso: «Y mía fe, aunque en todas partes sirva mucho el interés, en esta más que en todas las del mundo, porque no se hace nada bien si no es con dinero en mano, y de éste traemos todos tan poco, que no sé, si nos vienen a caer en ello, si escaparemos con vida; al menos sin honra, podrá ser, porque nos darán mil palos.»

Ni en las historias, ni fuera de ellas, he visto alabar como se merece la conducta de Don Felipe, que en sólo esta jornada de Inglaterra se ganó el título de Prudente, con que ha pasado a la historia imparcial.

Lo único que a los caballeros españoles, tan aficionados a los libros de caballerías, le servía de algún consueño en este ingrato país, era el hallarse en la tierra de Amadís de Gaula (Wales) y de los Palmerines, y del sabio Merlín, el de las «adivinanzas y pronósticos». Aquellos valerosos españoles que ellos mismos, o sus deu-

dos y familiares, realizaban en la conquista y colonización de América hazañas superiores a las más sonadas de los libros de caballerías, visitaban con devoción de peregrinos Canturbia (Canterbury), donde el Rey Artur, «el que mató por su mano en una sola batalla cuatrocientos cuarenta hombres de los enemigos», instituyó la Tabla Redonda «para Caballeros conquistadores de infieles». Y se llenaban de emoción en Winchester ante la tosca mesa que allí se enseña como la auténtica Tabla Redonda «y los doce Pares que comían con él, están escritos sus nombres alrededor, según se asentaban». ¡Corto refrigerio para los sinsabores y molestias de tan larga jornada!

Algo más de un año les duró el suplicio; hasta que el Emperador llamó a Bruselas a su hijo para abdicar en él los Estados de Flandes en septiembre de 1555. Marcharon con el Príncipe casi todos los españoles que en Inglaterra estaban, con ánimo de no volver a poner las plantas en tan ingrato país.

No así Don Felipe, que volvió a Inglaterra varias veces; y tan buena traza se dió para atraerse a los ingleses, que estuvo en muy poco que—a pesar de las capitulaciones matrimoniales—le reconociera el Parlamento como heredero presunto de la Corona. Y cuando, más adelante, tuvo la guerra con Francia, de que fué un episodio la batalla de San Quintín, consiguió que los ingleses le dieran ayuda y subsidio de hombres y dinero. Sólo el enorme genio político de Felipe II pudo conseguir tales resultados. Su política en Inglaterra fué templar y mitigar el excesivo celo religioso de su esposa, que extremaba la persecución a los anglicanos, y aun trató con suavidad y templanza a la hermana de María, la Princesa Isabel, cuya causa contaba con las simpatías de los más de los ingleses.

No quiso Dios prolongar demasiado la duración de este matrimonio, que, una vez perdida la esperanza de descendencia, hubiera sido una pesadísima carga para Don Felipe y una seria complicación para la sucesión de la Corona de España. La Reina Mary entregó su alma al Señor el día 17 de noviembre de 1558. Tenía a la sazón cuarenta y tres años, y el Rey Don Felipe, a los treinta y uno, quedaba viudo por segunda vez.

Mientras vivió la Reina Mary, y no obstante su falta de hermosura, fué Don Felipe para ella marido caballero, y la guardó la fidelidad del esposo cristiano.

Pero, cortado por la muerte el vínculo matrimonial, no pudo ser excesiva la pena que sintiera.

Y así, Felipe II, hombre de una grande y noble sinceridad, no quiso que la Reina Mary estuviera representada en el monumento funerario de El Escorial. La había sufrido cuatro años en carne y hueso; era cosa demasiado recia sufrirla en bronce dorado a fuego hasta la consumación de los siglos.

LAS HABITACIONES DE FELIPE II



NTRETENIDOS en esta charla histórica llegamos al patio o claustro principal del Palacio, gemelo en tamaño, aunque no en belleza, del Claustro de los Evangelistas. Destinó Herrera a Palacio Real como la cuarta parte del área total del edificio de El Escorial, con exclusión de la ocupada por el templo.

Lo que del Palacio se enseña a los curiosos visitantes es una larga serie de habitaciones que antes prestaron servicio de comedor, de salón de Embajadores, oratorio, sala de recepciones, despacho del Rey, etc.; pero que hoy dan seña es manifiestas de estar perpetuamente deshabitadas, si no es por las patrullas cosmopolitas que en fugaz peregrinación las recorren. La impresión que producen es más de museo que de palacio; pero los recuerdos en ellas archivados nada tienen que ver con Felipe II ni su tiempo. Los Borbones han expulsado de todas estas estancias los manes de Felipe II, y ni aun los techos y muros, cubiertos de tapices, pinturas, sedas y maderas, dejan ver nada de la fábrica original.

Pasamos muy de prisa por todo ello, con alguna contrariedad de mi amigo, que se alargaría muy gustoso en el examen detenido de la magnífica colección de tapices que pende de los muros.

Soberbios tapices, muy bellos muebles y pinturas, primorosas labores en maderas finas. Mas yo paso de largo recordando al poeta latino: *Sed nunc non erat his locus.* «Pero no era éste su lugar.»

De repente cesa el siglo xviii y nos restituímos de un solo golpe al siglo xvi. Estamos en la *Sala de batallas*. Es una habitación espaciosa a manera de galería para paseo (55 metros de largo por cinco de ancho y siete de altura) orientada al Mediodía, cuyos muros y testeros están pintados al fresco de asuntos exclusivamente militares. La batalla ganada por don Juan II a los moros de Granada en Higuera, ocupa todo el muro del Mediodía. En el muro de enfrente, la batalla de San Quintín, la rendición de Chatelet, el incendio de Han... En los dos testeros, expediciones y batallas navales. Las pinturas son de firmas medianas y de escaso valor artístico; pero, así y todo, el efecto de conjunto es muy original y agradable, a más de que ésta es la única estancia de todo el Monasterio que recuerda y está a tono con el origen militar de su fundación.

De aquí en adelante, para el resto del Palacio, ha habido una inspiración inteligente y de buen gusto, que ordenó restituir a su antiguo y noble estado las habitaciones que ahora vamos a visitar. Nuestro Rey actual, que, si por su padre es Borbón, por línea materna es Austria de la más rancia estirpe, quiso que se restauraran todas estas habitaciones en el estilo de muebles y decoración que tenían en vida del fundador de la fábrica. La obra hecha no carece de lunares, y un arqueólogo exigente tendría mucho que decir de toda esta restauración; pero, dejando a un lado impertinencias arqueológicas, la impresión para la mayor parte del público visitante es completa, y el propósito de evocación histórica se ha conseguido plenamente.

De la Sala de batallas se baja por una razonable escalera de piedra a un claustro, en que se abre la puerta de entrada a las habitaciones de la Infanta Isabel Clara Eugenia. Está bien reconstituído el dormitorio de aquella dama, bella, inteligente y virtuosa, en quien durante muchos años (hasta que se consideró asegurada la sucesión masculina en el Príncipe Don Felipe) tuvo puestos los ojos el Rey Prudente para que le sucediera en la Corona de las Españas. La hija predilecta de Felipe II, la que tanto le acompañó y consoló en su vejez hasta la hora de la muerte, parece gobernar todavía la severa

estancia desde el lienzo de Bartolomé González que pende de uno de los muros.



Retrato de Doña Isabel Clara Eugenia, existente en El Escorial.

Contigua está la antesala del Salón del Trono. Consérvase en ella una reliquia venerable: la silla de manos en que Felipe II hizo su último viaje desde Madrid

a El Escorial. Aunque herido de muerte cuando aquí llegó, antes de caer en el lecho para no levantarse más, quiso pasar una última revista a toda la casa que él había fundado desde sus cimientos; y llevado en esta misma silla que aquí vemos, recorrió todas las habitaciones y dependencias del Monasterio, y donde más, y con mayor complacencia, se detuvo, fué en la biblioteca, cuya decoración pictórica acababa de terminarse.

El Salón del Trono es amplio y de una severa belleza; sus paredes están también cubiertas de tapices; pero de la colección de *Grutescos*, tejidos en oro, plata, seda y lana por encargo de Felipe II. En el suelo se admira una rica pieza de cuero adobado y pintado. En el testero principal, en el sitio de honor, un sillón de ricas labores, que se supone perteneció al Emperador Carlos V. Todo ello produce una impresión de grandeza y solemnidad de antaño. Es un cariñoso recuerdo tributado a los grandes Austrias, sus antepasados, que honra a nuestro Monarca.

Desde la antesala del Salón del Trono se sale a un claustro menor, alto, y, de improviso, se presenta a nuestros ojos una aparición lamentable. En el fondo del ala occidental del claustro, una ridícula figura vestida de guardia negra, con su alabarda en la mano; en el fondo del ala oriental, otra figura no menos risible representando a la guardia amarilla. Son dos muñecos grotescos, como de barraca de feria, que desentonan ruidosamente en el ambiente severo y de sobria elegancia de aquellos lugares. No dudo que quien mandó colocar aquí los tales mamarrachos, lo hizo con la excelente intención de dar carácter a la entrada al aposento de Felipe II, poniendo en figuras de bulto las guardias negra y amarilla de la Casa de Borgoña. El propósito del que discurrió tal adorno fué bueno, sin duda; pero erró la vereda. Tanto, que es preciso rogar a quien ejerza la dirección artística de esta mansión escorialense, que ordene el definitivo relevo de esta ridícula guardia; cuanto más, que ha de serle fácil la empresa, pues los dos tales adefesios tienen su lugar adecuado sin salir de las dependencias mismas del Monasterio: en la huerta y para espantapájaros, cuyo oficio harán a maravilla.

Entre esta fementida guardia se halla la puerta del aposento de Felipe II, el *Sancta Sanctorum* del Palacio de El Escorial. No he visto todavía a nadie tan frívolo o tan ignorante que, al abrirse la puerta de esta pie-

za, no haya recibido una impresión inexplicable, mezcla de sorpresa mundana y de admiración casi religiosa. La habitación nada tiene de sombría ni de tétrica; muy al contrario. Orientaba al Mediodía, la luz del sol la bañaba, penetrando a raudales en la estancia por tres grandes ventanas rasgadas hasta el suelo.

Lo que aombra y desconcierta a los visitantes, es apreciar de un solo golpe que el Monarca más poderoso de su tiempo escogiera para habitación propia e íntima una pieza que, ni por el tamaño ni por la decoración y ornato, excede de una regular celda monástica; muy inferior, desde luego, a la celda prioral del mismo Monasterio. Y es que aquel Monarca, guardador riguroso del decoro de su oficio de Rey, rechazó con invencible terquedad las reiteradas peticiones de las Cortes para reducir los gastos de la Real Casa, montada por el Emperador Carlos V al lujoso estilo de la Casa de Borgoña. Pero para su persona individual sólo tenía moderación y modestia; y en cuanto deponía el oficio de Rey, convirtiéndose en simple hombre, se despojaba de todo el fausto regio para vivir como un monje. Administrador escrupuloso del Patrimonio de la nación, jamás acometió ninguna empresa con la vista puesta en el lucro suyo ni en el de sus hijos y familiares. Así logró acreditar el oficio de Rey de España de tal suerte, que hasta el día de hoy ha llegado aquel impulso soberano. Aquí está el secreto y la raíz del supremo prestigio y afecto que disfrutó Felipe II entre todos sus contemporáneos, los grandes españoles del siglo xvi.

La habitación está dividida en dos partes: la exterior, espléndidamente iluminada por las tres ventanas dichas, que le servía de despacho de trabajo, y la interior, que un tabique divide en sus dos compartimientos, uno convertido hoy en oratorio; el otro era el dormitorio del Monarca.

El lecho real atrae como un imán las miradas y la atención de mi amigo. Quizá ni una sola pieza de esta magnífica cama fué usada en realidad por Felipe II; mas si la materialidad del mueble y su indumento ha sufrido mudanza, no así la arquitectura modesta y severa y la disposición de toda la pieza. Aquella misma habitación, aquellos mismos muros fueron testigos de la muerte ejemplar de Don Felipe.

A los ocho días de la llegada de su viaje último cayó en cama para no levantarse más. El Todopoderoso le

envió la duración y sufrimientos de la última enfermedad a la medida de la grandeza de su ánimo. Nada menos que cincuenta y tres días permaneció en el lecho, sin poderse mover, presa de grandes dolores, llagado y descompuesto por la enfermedad todo el cuerpo miserable. Durante el curso de la larga dolencia se le presentó en la pierna derecha, por encima de la rodilla, una postema maligna, que le producía dolores insoportables. Los médicos decidieron que había que operar, y ejecutó la operación Juan de Vergara, cirujano de Cámara, «a quien Dios había dado no menos gracia en las manos, que en la lengua y en la pluma». Inevitablemente, la operación fué dolorosísima; pero el regio paciente lo sufrió todo sin proferir una queja, absorbió su pensamiento en la consideración de la Pasión, según San Mateo, que ordenó a su confesor le leyera mientras la operación se practicaba. ¡Espiritual cloroformo, que parecería una leyenda, si no fueran tantos y tan contestes los testimonios de testigos presenciales que han llegado hasta nosotros con la relación muy por menudo de la enfermedad y muerte del Señor Don Felipe II!

Antes de la operación habíase confesado muy prolijamente con su confesor Fray Diego de Yepes; y recibió el Santo Viático varias veces durante la larguísima y penosa enfermedad. El único consuelo para el doliente Monarca era la Religión y los solemnes Oficios Divinos, que desde el mismo lecho podía presenciar por la tribuna que comunica con el Presbiterio.

Todavía en el lecho de muerte dirigía y llevaba los asuntos de Estado, con grande admiración de sus Secretarios, que no atinaban de dónde sacaba fuerza para ello.

Perdida ya toda esperanza de recobrar la salud, quiso el Rey recibir con plena lucidez la Extremaunción, y como nunca había tenido ocasión de ver administrar este postrer Sacramento, pidió que le leyeran y explicaran minuciosamente el rito. Bien impuesto de todo ello, administróle el Sacramento don García de Loaisa, que recientemente, durante la enfermedad de Don Felipe, había sido consagrado Arzobispo de Toledo en el templo de El Escorial.

Son muchos los cristianos que, por ignorancia de las bellezas de la liturgia, miran con prevención, con temor, el Sacramento de la Extremaunción. Es éste el Sacramento para cuya administración emplea la Iglesia Ca-

tólica, mayor número de oraciones y fórmulas rituales, como si, por ser el último Sacramento que puede administrar a los fieles cristianos, sus hijos, les quisiera envolver en el perfume de sus plegarias. Mas no se crea por esto que el rito tiene carácter funeral; muy al contrario. La Iglesia, que conoce como nadie el corazón de los hombres, y sabe que en la mayor parte de los enfermos queda algún deseo y alguna esperanza de vida terrena, pide todavía reiteradamente al Todopoderoso la salud corporal para el enfermo, si le fuera conveniente. Mas, por si los designios de Dios fueran la muerte del que sufre, invoca solemnemente al Altísimo para que conceda al paciente fortaleza para dar este paso supremo. *Mitte ei, Domine auxilium de Sancto.* «Envíale auxilio, Señor, desde tu Santuario.» *Esto ei, Domine, turris fortitudinis.* «Sé para él, Señor, torre de fortaleza.»

Con el Santo Oleo, consagrado precisamente el día de Jueves Santo, y aromado del recuerdo y de la virtud de la Pasión de Cristo, va ungiendo el sacerdote los ojos, los oídos, la boca, las manos, los pies, todos los caminos del pecado; preparando con esta purificación misteriosa al cuerpo miserable y deshecho por la vecindad de la muerte para la resurrección de la carne y la vida perdurable.

Felipe II fué siguiendo todo el ceremonial con atención y devoción sumas, y quedó después muy consolado.

Administráronle la Extremaunción el día primero de septiembre; pero todavía tardó unos días en recogerle la muerte en sus brazos. Pasólos muy santamente, ejercitándose en continuadas devociones y ocupándose con toda minuciosidad de los más nimios pormenores de su entierro. Dispuso que el ataúd se le hiciera de la quilla del navío portugués *Cinco Chagas* (1), que encontró arrumbado en Lisboa cuando fué a tomar posesión del Reino de Portugal, y aún mandó traer a su presencia el féretro para verlo, una vez hecho. Ordenó que le amortajaran igual que a su padre el Emperador, que fué con una pobrísima mortaja, y al cuello una cruz de palo pendiente de una cuerda. Aquel hombre de conciencia recta y firme, miraba la muerte cara a cara, sin disgusto a lo

(1) Estaba hecha esta quilla de unos grandísimos árboles que se crían en la India Oriental y que los naturales del país llaman *Angel*.

pagano, sin temor a lo cobarde, ofrendando a Dios el obligado tributo de la vida.

La hora solemne se acercaba. Llegó por fin la madrugada del día 13 de septiembre de 1598. Conociendo los médicos que la vida se le acababa, hubieron de comunicarle la fatal noticia. Oyóla el Rey muy tranquilo. Estaba al lado del lecho el portugués Cristóbal Mora, el fiel Secretario, teniendo en la mano la vela de Montserrat, la candela de la agonía, sin atreverse a alargársela al Rey. Mas Felipe II díjole sonriendo, isonriendo!: «Dadla acá, que ya es hora.» Al poco rato entreabrió tres veces la boca y con tres suspiros, entregó su ánima al Señor. Eran las cinco de la mañana, la hora misma en que los niños escolares del Monasterio comenzaban a cantar la Misa de Infantes, fundada por el Monarca. Las inocentes plegarias de los niños acompañaban el ánima del gran Rey a su salida de este mundo.

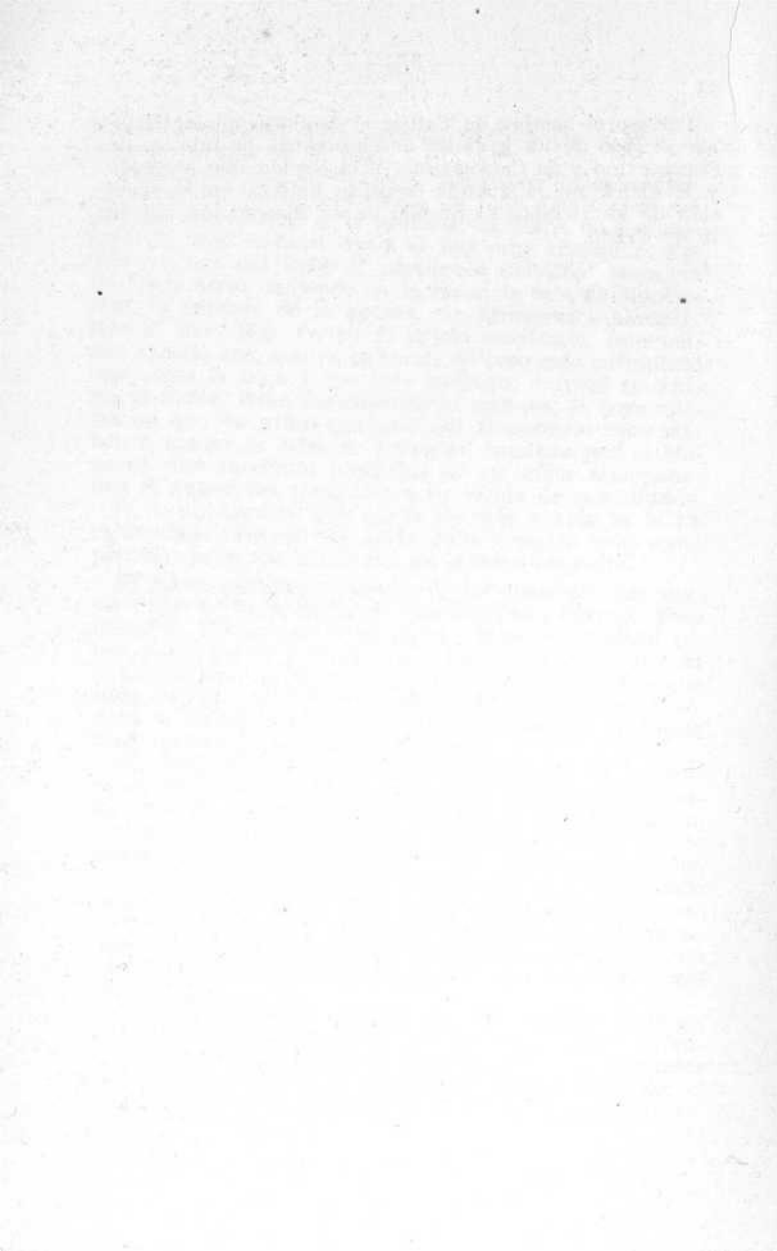
¡Y a un hombre que moría de esta suerte se le ha calumniado diciendo que usaba de la Religión como arma política; pero que él no era un sincero creyente!

El juicio mendaz y colérico de los enemigos que venció y que no le perdonan su vencimiento y derrota, poco importa. Allí mismo, muy cerca, desde el sagrado tabernáculo del Templo, sería juzgada su alma por el Supremo Juez de Reyes y vasallos; y a buen seguro que oiría de sus labios las mismas palabras que Jehová ordenó a Isaías decir al justo: *Dicite justum quoniam bene*, «decid al justo que está bien».

Sí. Está bien. El mundo materialista de los pretenciosos filósofos y críticos modernos, ese pequeño mundo lleno de vacuidad, de falsedades y de soberbia, no entiende a Felipe II. Pero sus súbditos, los españoles de entonces, le entendieron muy bien. Felipe II no fué un santo, ni un héroe, ni un artista, en el significado propio y corriente de estos vocablos; pero tuvo por vasallos a excelsos artistas, a esforzados héroes, a granísimos santos. A todos presidió dignamente, de todos fué respetado y querido. No se puede hacer mayor elogio de un Rey.

Fué el denodado campeón de la Religión Católica cuando la Religión corría serio peligro; y por defenderla contra todos los enemigos, sacrificó los intereses materiales, militares y económicos de España, con el acatamiento y la cooperación decidida de todos los españoles.

Por eso el nombre de Felipe II figurará en la Historia al lado de los grandes defensores de la Iglesia: de Constantino y de Carlomagno. Y la Nación que le ayudó y le alentó en la grande empresa hallará en la sucesión de los tiempos el premio de su abnegación por la fe de Cristo.



EPILOGO

LA PUESTA DEL SOL



URANTE toda la mañana y una buena parte de la tarde, la capilla Mayor del Templo está sumida en la penumbra, de manera que cuesta trabajo examinar debidamente las bellezas que atesora. Pero, al caer de la tarde, la luz del Sol poniente penetra a torrentes por la inmensa ventana superior del coro y por las tres inferiores, más pequeñas, pero también de muy buen tamaño, iluminando de lleno toda la capilla.

No quiero marchar sin que mi amigo presencie este espectáculo tan poco conocido de los ordinarios visitantes de El Escorial, y, en visita de despedida, volvemos al Templo a la hora precisa en que los haces de la luz vespertina vienen a prestar realce y homenaje a tanta belleza.

El retablo, en su parte arquitectónica, es obra de Herrera, y con ello va dicho que no pueden faltar los consabidos órdenes dórico, jónico y corintio. Pero la arquitectura es aquí cosa accesoria y muy apropiada para dar grandeza y majestad al conjunto.

Está dividido el retablo en tres cuerpos superpuestos. El primero es dórico y en él está el tabernáculo; a los lados, dos cuadros de Tibaldi de muy bella ejecución y

colorido, representando el Nacimiento del Señor y la Adoración de los Reyes. El Tabernáculo es un soberbio templete, todo de piedras finas y bronces, trabajado con una delicadeza extraordinaria. Nada menos que siete años tardó en labrar éta pieza Jacome Trezo. Cuando la francesada, desaparecieron algunas piedras preciosas de primer orden, entre ellas un riquísimo topacio del tamaño de un puño. En el zócalo bajo del Tabernáculo se lee esta inscripción, compuesta por Arias Montano, que tiene ya su sabor de nacionalismo económico: *Jesu Christi Sacerdoti ac victimae, Philippus, II Rex, D opus Jacobi Trezii mediolanen totum Hispano e lápide*: «El Rey Felipe II dedicó a Jesucristo Sacerdote y víctima esta obra, toda de mármoles de España, ejecutada por Jacome Trezo, milanés.»

El segundo cuerpo es jónico, y lleva en el centro un cuadro de Tibaldi, no tan bueno como los de abajo, del martirio de San Lorenzo; a los lados, «La Cruz a Cuestas» y la «Flagelación», por Federico Zucharo. El tercer cuerpo es corintio, y lo llenan tres medianos cuadros de Zucharo: La Asunción de la Virgen, en el centro, y a los lados la Resurrección del Señor y la Venida del Espíritu Santo. Zucharo fué un mediocre pintor italiano, de quien dijo Felipe II que «era mayor la fama que la habilidad», y aún tuvo que pasar por la vergüenza de que le borrasen algunos de los frescos y cuadros que pintó en El Escorial. Estos del retablo no agradaron mucho al Rey, pero mandó respetarlos.

Como puede apreciarse por esta enumeración, no hay un plan de conjunto para las representaciones pictóricas, cuyos asuntos están elegidos con libre arbitrio.

Lo verdaderamente notable en este retablo es la parte de escultura, y en ella se guarda algún orden y concierto. En el primer cuerpo figuran los cuatro grandes Doctores de la Iglesia: San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo y San Gregorio. En el segundo cuerpo, los cuatro Evangelistas. Y en el tercero, los apóstoles San Andrés y Santiago el Mayor.

Todas las efigies, modeladas con rara propiedad y arte, son de bronce dorado a fuego, y cinceladas por las delicadas manos de los Leoni. El tamaño de las estatuas está calculado con gran acierto para producir la impresión de igualdad desde su diferente altura. Así, que las del primer cuerpo, las más bajas, tienen tres pies y

medio; cuatro pies las de los Evangelistas, y seis pies las de San Andrés y Santiago.

A esta hora de la luz, las estatuas todas cobran expresión y vida, como si el artista las hubiese concebido para ser contempladas en estos momentos.

En lo alto del retablo, y como remate de esta delicada obra de imaginería de bronce, la efigie de Cristo Crucificado. La Cruz está hecha de la madera del navío «Cinco Chagas», la misma de que se hizo el ataúd para Felipe II. A los lados de Cristo, la Virgen de los Dolores y el discípulo amado asisten en pie y en doloroso silencio al sublime drama de la Cruz.

En el mismo plan, aunque alejados de la escena, dan guardia al soberbio grupo escultórico las efigies de San Pedro y San Pablo.

Todo ello es de la misma materia, bronce dorado a fuego, y de la misma mano artística de los Leoni. Difícilmente podrá encontrarse en parte alguna nada más rico y perfecto.

Los dos grupos funerarios de los enterramientos reales toman también en esta hora vida y movimiento, y el Emperador y el Rey Prudente parecen revivir en sus monumentos sepulcrales para dirigir la solemne oración familiar de ultratumba. El manto real del Emperador tiene dibujada en la espalda el águila bicéfala de los Austrias, hecha con preciosas incrustaciones de piedras que imitan, en su color natural, el de las plumas de esta noble ave. El manto de Felipe II lleva incrustadas las armas del Gran Rey en piedras de colores con el mismo artificio. Las labores y recamados de los majestuosos mantos reales brillan al sol poniente.

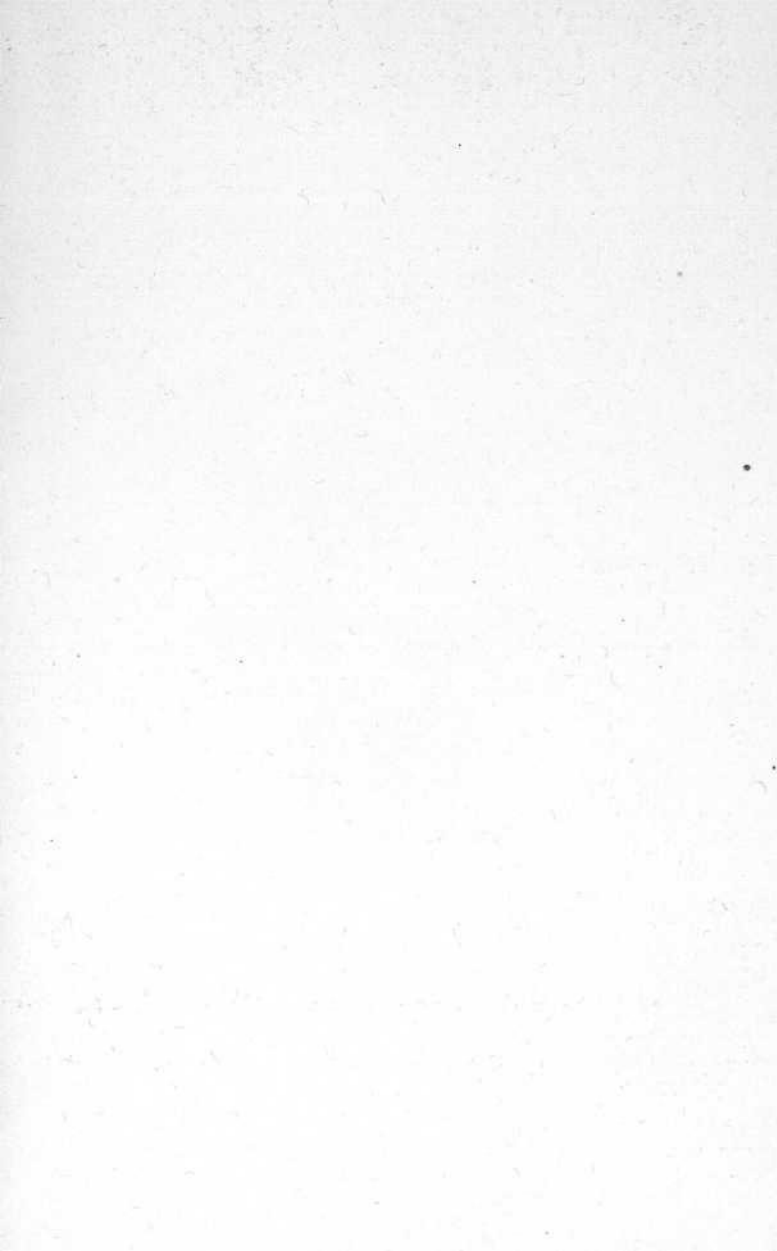
La tarde va declinando. Pero el sol de Castilla, antes de ocultarse para continuar su carrera e ir a alumbrar otros continentes que antes fueron de España, ahora, que apenas si ha quedado por nuestro el viejo solar hispano, se asoma todas las tardes por los ventanales del coro de El Escorial, para despedirse con sus últimos resplandores y besar con beso luminoso las efigies funerarias de los dos grandes Monarcas en cuyos dominios jamás se ponía el Sol.

Yo estoy emocionado. Mi amigo creo que también lo está, y no sólo por contagio o simpatía, sino por impresión directa de la grandeza del espectáculo.

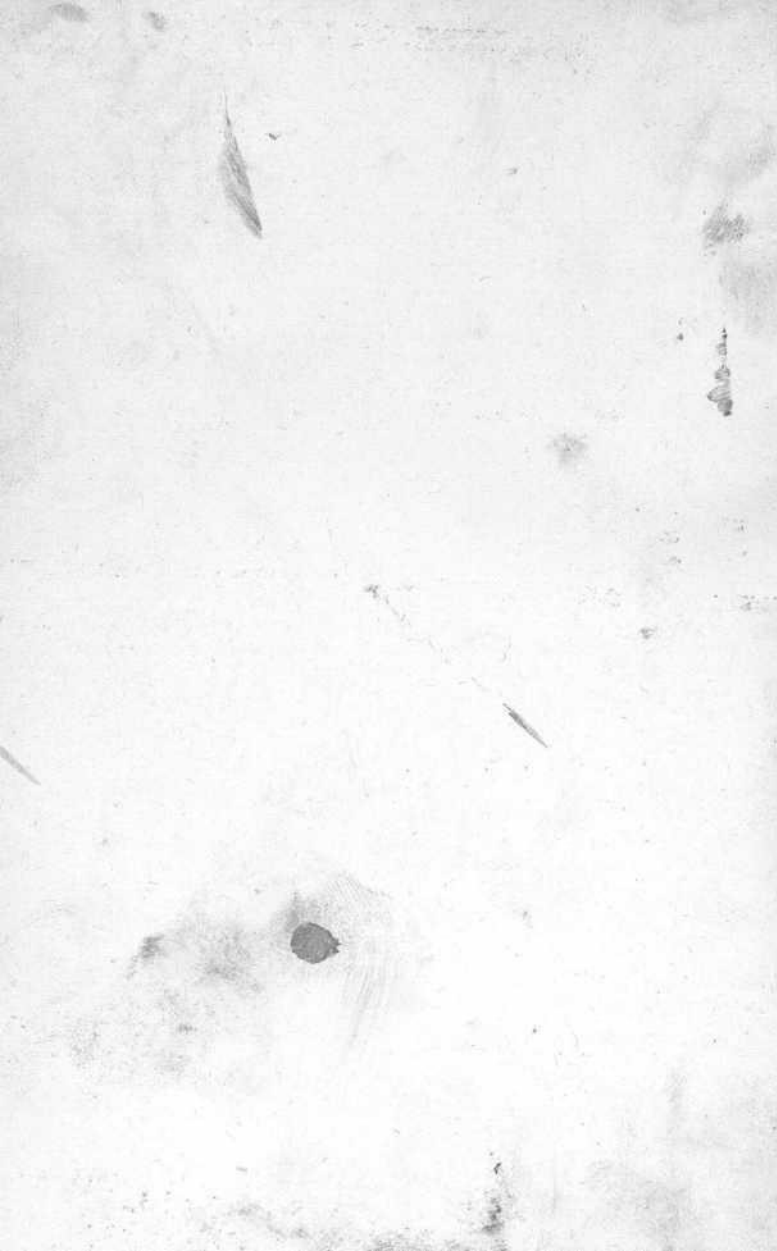
Que los desdichados filósofos y literatos que venimos padeciendo en España hace más de un cuarto de siglo

tratan de convencernos de que es ridículo y de mal gusto el entusiasmo patriótico. Lo cual es verdad, si se entiende de la vanidad nacional, ignorante, soberbia y agresiva, sea española, o francesa, o británica. Pero el amor y el respeto a los antepasados, es negocio de bien nacidos; y muy legítima y confortante la gratitud y la admiración que debemos ofrendar todos los españoles a Carlos V y a Felipe II, los dos grandes hombres que presidieron los destinos de España en sus días de gloria.









PRECIO: 2 PESETAS